

S
S
SERVICIO SECRETO

BB

ANNE



UN REGALO PARA EL MUERTO

silver kane

SILVER KANE

UN REGALO
PARA EL MUERTO

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS MUY FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 3831 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 561/62



Un regalo para el MUERTO

por **SILVER KANE**

UNO

—Ethel... ¿no dices que se vaya a ese hombre que está en el comedor?

Ethel levantó la cabeza de la labor que estaba realizando —un hermoso punto de lana blanca—, y miró sonriente al niño.

—¿Qué dices, Frank?

—Que por qué no le mandas que se vaya a ese hombre que está en el comedor.

Ethel volvió a sonreír, mientras extendía su mirada mecánicamente más allá de la puerta. La habitación estaba inundada de una luz rosada y suave, y más allá todo era penumbra. Se veían brillar tenuemente las sillas del comedor y, muy al fondo, la luna de un mueble-bar. Por las ventanas, todas con las persianas alzadas, ya sólo penetraba una suave oscuridad.

Un reloj vecino dio las siete de la tarde.

—Anda, juega, Frank... —dijo Ethel.

—Pero...

—¿No ves que si no me dejas trabajar no tendré terminado tu jersey en toda la semana?

—¡No quiero el jersey! ¡No quiero que trabajes mientras ese hombre esté en el comedor!

Ethel se puso nerviosa, aunque hubiese dado algo por evitarlo.

—Frank... ¡A veces eres tan fantasioso! ¡Te llegas a poner insoportable!

El pequeño, apenas tres años de edad, sorbió con la nariz como si sofocara el llanto.

—Pero, Ethel... ¡si nos está mirando!

Otra vez los ojos de Ethel recorrieron el panorama más allá de la luz rosada. Otra vez el brillo tenue de los muebles, la luna del mueble-bar y las ventanas con las persianillas alzadas.

—¿Sabes que quizá te convendría irte a dormir, Frank?

—No tengo sueño...

—Sueño quizá no tengas, pero por lo que veo estás soñando. Anda, acuéstate y te conectaré la televisión. Quizá hagan algún programa de dibujos a esta hora.

—Ethel...

—¿Qué quieres, Frank?

—Tengo miedo...

Ethel sonrió dulcemente.

—Pero si tú no sabes lo que es el miedo, Frank... Eres demasiado pequeño todavía para esas cosas. ¿No te gustaría ver si en la televisión hacen un programa de Tom y Jerry?

—¿Se irá ese hombre?

—Por Dios, Frank... ¡Qué pesado eres! No sé de qué hombre me estás hablando. A veces te pones tonto.

—Del que está en el comedor.

—Yo no veo a nadie.

—¡Pero si nos está mirando!

Ethel lanzó un suspiro.

—Quizá ha sido un error enviarte al colegio tan pronto —susurró—; tú ahora no me entiendes, pero eres demasiado pequeño para enfrentarte ya con el mundo. El maestro me ha dicho que eres un niño muy complicado, un niño a quien conviene vigilar porque, de lo contrario, llegaría incluso a tener alucinaciones.

De improviso, como si se diera cuenta de que hablaba para sí misma, Ethel añadió:

—Anda, voy a llevarte a la cama. Creo que será lo mejor. Y voy a llevarte también la mesita de la televisión para que te distraigas.

—Como tú digas, pero...

—Lávate las manos antes de acostarte, como debieras hacer todas las noches. No vaya a pasar como la otra vez, que me ensuciaste todas las sábanas.

El pequeño hundió la cabeza, sin contestar, y fue en dirección al cuarto de baño.

La puerta estaba situada poco antes de llegar al comedor. Frank dirigió a éste una mirada de reojo, mientras se encaramaba de puntillas para asir bien el picaporte.

Ethel lanzó un suspiro.

—¡Qué manías!...

El pequeño Frank entró en el cuarto de baño y cerró tras él, pues era un niño muy cuidadoso. Con gran esfuerzo consiguió llegar a uno de los grifos del lavabo y lo hizo girar. Un chorro de agua templada brotó inmediatamente. Frank puso las manos debajo.

Estuvo así unos tres minutos, dejando que el agua empapara sus manos. Por sus mejillas corrían en silencio dos lágrimas.

Cuando pensó que sus manos estarían bien limpias y ya no le iban a reñir por eso, cerró el grifo y recuperó su posición normal, dejando de estar de puntillas.

A continuación fue en busca de una de las toallas, de la que casi se colgó, secándose las manos.

Ya estaba listo para acostarse. Ahora, como todas las noches, Ethel lo desnudaría y lo metería en cama.

Se puso de puntillas otra vez para abrir la puerta del cuarto de baño. Ésta chirrió. Vio enseguida el comedor, a oscuras, y la luz rosada que partía del cuarto de Ethel.

Fue hacia allí.

De pronto sus diminutos pies se detuvieron, y en su garganta se formó una contracción que le impedía gritar, hablar, respirar incluso.

Él no se daba cuenta, pero sus ojos se le habían salido de las órbitas. Sus pequeños dedos temblaban convulsamente.

Ethel estaba en el suelo, espantosamente inmóvil. Había caído desde su silla, donde pocos minutos antes trabajaba la lana, y el pequeño jersey blanco había caído bajo su cuerpo. Ahora ese jersey blanco estaba manchado de un intenso color rojo.

Frank apenas acababa de cumplir los tres años. No comprendía nada aún; se guiaba sólo por el instinto, pero el instinto de un niño es como una mano que guía sin equivocarse jamás. Se acercó un momento a Ethel y vio sus ojos espantosamente abiertos, que parecían mirarle. De su garganta escapó un sollozo, pero ni por un instante dejó de vigilar la zona en penumbra que había en las proximidades del comedor.

Por eso, cuando vio surgir la figura de allí, dio un salto y corrió hacia la gran terraza que se abría a unos seis metros, a un lado de la habitación contigua.

La figura le siguió, diciendo algo con voz ronca. Frank se dio cuenta de que el hombre tenía las manos manchadas de sangre.

Eran seis metros solamente, seis metros que jamás un niño de tres años llega a recorrer antes que un hombre. Pero la puerta de la terraza estaba abierta. Frank logró poner sus pequeños pies en el umbral justo cuando la mano ensangrentada del hombre ya caía sobre su nuca.

Fue entonces cuando vio aquella otra figura que ya le aguardaba en la terraza.

Era una extraña figura sentada en una enorme silla de ruedas. Parecía una pesadilla, una imagen macabra que semanas antes Frank había visto en las pantallas de la televisión.

Aquella figura estaba muy rígida, como muerta, y tenía los cabellos blancos.

Frank sintió que algo rozaba su nuca, y entonces el mundo entero dejó de tener sentido para él.

DOS

El hombre encendió un cigarrillo. El hombre tenía el cabello rubio, pero alguna hebra blanca se insinuaba ya en sus sienes. Debía tener unos treinta y dos años. «Canas prematuras», pensó la muchacha que pasaba junto a él en aquel momento. «Interesante». Pero no eran las canas prematuras lo que podía haber gustado a la chica. Eran las espaldas amplias, de verdadero luchador. Era la cintura estrecha, ceñida por la gabardina no muy limpia. Eran las mandíbulas enérgicas y los acerados ojos grises.

El hombre separó el cigarrillo de sus labios porque el tabaco era malo. Respiró en su lugar el aire de París.

Antaño, el aire de París fue un aire dulce y quieto.

Ahora, se percibían detonaciones en los arrabales de Passy. Grupos de la Guardia Republicana, provistos de chaquetas contra balas, iban de un lado a otro en veloces vehículos. Grupos de gendarmes acordonaban determinados barrios para detener a los argelinos sospechosos o a los «ultras» franceses, que rivalizaban con los africanos en la implantación del terror.

El hombre cruzó lentamente la plaza.

Sin duda, pensaba que París siempre es París, a pesar del conflicto argelino y a pesar de los políticos.

Una suave sonrisa flotaba en sus labios.

Los carteles de siempre estaban en las esquinas de siempre, donde estaban antes de que él ingresara en la prisión de la Santé. Uno anunciaba «Los desnudos más osados de París». Otro una revista del «Casino». Un tercero una faja masculina «que da esbeltez a la figura y cura las dolencias del riñón».

Al llegar a la acera, el hombre tiró el cigarrillo, que fue a caer bajo las ruedas de un «Peugeot 404».

Por el horizonte, por encima de las casas, se veían unas inquietantes nubes grises.

Un sargento de gendarmes se acercó parsimoniosamente al hombre, cruzando de un lado a otro la plaza del Tertre.

El hombre se detuvo. Un oscuro instinto le advertía siempre que venían a por él. Tenía «radar», según el argot de la delincuencia. Y el hombre se detuvo, con sus ojos grises fijos en los ojos negros del gendarme.

—¿Tú eres Raymond Lemay? —preguntó el agente.

—Sí, soy Raymond Lemay. ¿Qué ocurre? ¿Ya se han arrepentido de haberme soltado?

—Sabía que al salir de la cárcel pasarías por aquí.

—¿Sí? ¡Qué listo! ¿Y por qué?

—Éste es tu barrio. Rue Lepic arriba empieza tu maldito y maloliente reino. Estaba seguro de que pasarías y te he esperado.

—¿Es que van a detenerme otra vez? ¿De qué me piensan acusar ahora? ¿De arrojar un cigarrillo bajo las ruedas de un coche?

—No seas bromista —dijo el gendarme con un gesto sardónico—. No sé si lo sabrás, pero en París los coches pronto van a ir más baratos que los cigarrillos. Te he esperado porque quiero darte una noticia que han comunicado de forma oficial a la cárcel minutos después de que salieras tú.

—¿Y no han podido telefonearme a casa?

—Hemos pensado que a lo mejor no ibas a casa. ¿Qué se puede esperar de un granuja como tú, que además ha estado seis meses sin oler señoritas? Además la noticia es importante.

—¡Vaya! Pues vomítela.

El gendarme tragó saliva.

—Han matado a tu mujer.

Las facciones del hombre no sufrieron ningún, cambio, ninguna crispación, pero sus ojos brillaron peligrosamente unos segundos. Se hincharon los bolsillos de la sucia gabardina, señal evidente de que Lemay acababa de cerrar los puños.

Pero nada más.

—Pareces muy tranquilo —dijo el gendarme—. Yo, en tu lugar, me habría puesto a lanzar esas maldiciones que sólo se oyen en la Legión Extranjera.

—Yo no lanzo maldiciones, sargento. Yo sólo hago preguntas.

—Pues hazlas.

—¿Quién ha matado a mi mujer?

—Ni idea. Y te aseguro que eso sí que lo siento.

—¿Cuándo la mataron?

—Anoche.

—¿Y cómo?

El gendarme hizo un gesto ambiguo.

—¿Por qué no vienes a la Embajada de los Estados Unidos? Te están esperando allí.

—¿Para qué?

—Tu mujer era súbdita americana. Tu hijo también. El único gato cojo eres tú, que no tienes patria.

Los ojos de Lemay se entrecerraron. Por primera vez su voz tembló al preguntar:

—¿Y... Frank?

—Anda, ven. Será mejor que me acompañes.

El gigante de las espaldas de luchador dio un traspié al echar a andar de nuevo. Toda su fuerza, toda la misteriosa energía que parecía desprenderse de él, se había anulado en sólo unos instantes. Incluso temblaban sus labios. Al gendarme le dio pena.

—Ya ha de ser un buen golpe regresar después de estar seis meses en la cárcel y encontrar a la mujer en la cama, pero muerta —gruñó.

—¿Por qué no se calla, sargento?

—Yo sólo quería comprenderte, hombre.

—Yo ya me comprendo bien.

Tomaron un taxi en Blanche. El vehículo les dejó ante la Embajada de los Estados Unidos, parado frente a la cual había un hombre-botella anunciando un aperitivo. Raymond Lemay pagó.

El hombre-botella se retiró poco a poco al ver al gendarme.

En uno de los despachos de la Embajada, correspondiente a la sección de «Residentes», se encontraban tres hombres reunidos. Eran el agregado Sturzer, a quien Lemay ya conocía por haber tenido que resolver con él tiempo atrás un asunto de documentación, el coronel Johnson, de los Servicios Especiales de la Embajada, y el comisario Coline, de la Prefectura de París.

Fue Sturzer el que saludó a Lemay.

—Siento que tenga que venir por aquí debido a un asunto tan desagradable, Lemay. Supongo que ya le habrán comunicado algo.

—Sí. Mi mujer ha sido asesinada.

Sturzer ofreció cigarrillos y señaló un asiento. En contra de su voluntad, Lemay pensó que se estaba bien allí, en aquel despacho confortable, cara al gran ventanal desde el que se divisaban los jardines de la Embajada. Y este cigarrillo era bueno, no era como el que él había lanzado poco antes bajos las ruedas del automóvil.

—Lo siento —repitió Sturzer—, crea que lo siento, a pesar de que usted, ya no es ciudadano de los Estados Unidos.

—Pero mi esposa lo era.

—Sí. Y recibía dinero periódicamente de sus padres, porque si hubiera tenido que vivir del trabajo de usted... —hizo una pausa y añadió—: Precisamente de los padres de Ethel quería hablarle. Ellos han solicitado de manera oficial que el cadáver sea trasladado al panteón familiar del cementerio de Brooklyn. Pero para ello hace falta que usted no se oponga.

Lemay se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a oponerme?

—Parece usted un hombre de esos que no desean tener ni siquiera recuerdos, Lemay.

—Los recuerdos... ¿Para qué sirven?

—Entonces firmará la autorización para la extradición del cuerpo, ¿no?

—Por supuesto.

—¿No querrá antes ver a su mujer?

—Al que quiero ver es a su asesino.

Ahora intervino el comisario Coline, mientras exhalaba una bocanada de humo:

—No sabemos nada del asesino, Lemay.

—¿No hay ni una pista?

—Ninguna.

—¿Cómo mataron a Ethel?

—Le seccionaron la garganta —dijo brutalmente Coline.

—¿Argelinos?

—No lo parece —intervino el coronel Johnson—, aunque el tajo en la garganta haya sido siempre el golpe favorito de los terroristas africanos. Pero los terroristas africanos suelen actuar en grupo y causando desperfectos, y el orden en las habitaciones era absoluto. Por otra parte, ¿qué relación podía tener Ethel con los argelinos? Ninguna. Hay otra cosa, además. El pequeño Frank vio al asesino.

—¿Frank?...

Todos se dieron cuenta, sólo al oír la voz de Raymond Lemay, de algo muy extraño. Lemay no estaba sereno, su serenidad era fingida. Su indiferencia también. Había estado todo aquel rato casi sin respirar, no tragando ni el humo del tabaco, esperando solo que le hablasen del pequeño Frank. Ahora todos miraron sus ojos grises, un poco húmedos. Por primera vez los ojos de Lemay no parecían los de una fiera de helados instintos, sino los de un hombre anhelante que teme y que ama.

—¿Vive Frank? —susurró.

—Vive, a pesar de que el asesino intentó acabar con él. Pero he de darle una mala noticia, Lemay. Su hijo se ha vuelto loco.

—¿Qué... qué dice?

Johnson hizo un gesto suave, intentando mostrarse cordial.

—Como le digo, Frank vio perfectamente al asesino, pero se ha vuelto loco.

—¿Por qué?

Johnson masculló con voz inexpresiva:

—Porque dice que el asesino es usted.

TRES

Las tardes de París tienen una luz especial, dulce y enervante a la vez, que hace ver a las mujeres más bonitas y hace imaginar cosas que uno no sería capaz de imaginar en ninguna otra parte.

Son innumerables las poesías y las canciones que se han dedicado a la belleza de la luz en los atardeceres de París.

Sin embargo, ahora, esa luz parecía la de un panteón. Se derramaba gris y turbia sobre las facciones de Raymond Lemay, sobre sus labios temblorosos y sobre sus ojos que parecían dos charquitos de agua muerta. De repente parecía haber envejecido veinte años. El comisario Coline le miró con extraña atención.

—Frank es mi hijo —dijo Raymond Lemay.

—Claro, claro... —suspiró Coline—. Y como además no tiene aún catorce años, su, testimonio no puede ser tenido en cuenta.

Lemay alzó el rostro bruscamente.

—Quiere decir que si tuviera edad suficiente para comparecer como testigo ante un Tribunal... ¿harían caso de sus palabras?

—Puede —dijo Coline.

De pronto, en sólo unos segundos, el clima de la entrevista había cambiado, y aquellos tres hombres que muy poco antes parecían estar allí solo para darle el pésame y resolver los trámites de un embalsamamiento, se habían transformado de repente en unos acusadores. Lemay tuvo la sensación de haber caído en una trampa.

—Todo eso es absurdo —susurró—. Yo, anoche, estaba en la cárcel.

Coline encendió otro cigarrillo.

—Voy a darle una ligera idea de cómo trabaja la policía, amigo, por si usted no lo sabe. Inmediatamente después de descubierto el crimen, los hombres de la Sûreté acordonaron el barrio. Practicaron unas cuantas detenciones entre individuos que no tenían la documentación en regla o no podían justificar su presencia allí, y

los llevaron inmediatamente a los calabozos. Mientras tanto, los expertos en fotografías tomaban diversas vistas del cadáver, y los técnicos en huellas iniciaban su trabajo. El forense dio su primer dictamen, y dos inspectores especializados empezaban a obtener las primeras conclusiones. Una de esas conclusiones fue la de que el asesino conocía la casa.

—¿Por qué?

—No violentó apenas la cerradura para entrar, se movió con seguridad y no derribó ni un mueble.

—Interesante conclusión. ¿Qué más?

—Mientras tanto —prosiguió calmosamente Coline—, los sospechosos eran interrogados, y se examinaban millares de fichas. Eran las dos de la madrugada cuando el último detenido fue puesto en libertad, en vista de que no existía la menor prueba para retenerlo. Pero en este caso teníamos un testigo excepcional, que era el niño.

Lemay pidió un cigarrillo con un gesto. Lo encendió con movimientos que querían ser seguros, pero delataban nerviosismo.

—¿Empezaron a hacer preguntas al niño? —preguntó—. ¿La ley les autoriza a eso?

—Lo primero que hubo que hacer con el niño fue prestarle asistencia médica —dijo Coline, quien parecía llevar ya la voz cantante de lo que era una clara acusación—. Sufría un *shock* emocional tan intenso que pudo resultarle fatal a sus pocos años. Llegó a sentir la mano del asesino en su nuca, y perdió el conocimiento. Al principio, cuando lo recobró, no hacía más que gritar y gritar. Luego pudimos calmarle y le mostramos fotografías. No reconoció absolutamente ninguna.

—¿A qué viene, entonces, eso de que el asesino era yo? Si la situación no fuera tan trágica me echaría a reír, Coline.

Coline no rió.

—A un agente se le ocurrió entonces mostrarle un retrato suyo —dijo.

Lemay alzó el rostro, y el cigarrillo quedó extrañamente colgado de sus labios. La dulce luz del atardecer de París dio en sus párpados que temblaban y en sus ojos que seguían pareciendo dos charquitos de agua sucia.

—¿Un retrato mío?

—Hay varios en la Sûreté. ¿Le extraña, después de estar detenido tantas veces?

—No... Claro que no.

—El chiquillo, al ver el retrato, dijo inmediatamente que ése era el hombre.

—¿Qué hombre?

—El que había estado oculto en el comedor, rígido como una estatua, esperando que él desapareciese para asesinar a Ethel.

Los labios de Lemay temblaron otra vez, pero ahora más intensamente. Se le cayó el cigarrillo.

—Si lo vio allí, ¿por qué no advirtió a Ethel? El pequeño no es tonto, y además habla con tanta claridad como cualquiera de nosotros.

—Parece que la advirtió.

—¿Queeeeé?...

Lemay parecía tan asombrado y tan lleno de pánico como un novato que estuviera sufriendo por primera vez un interrogatorio policíaco.

—La advirtió, pero ella no hizo caso. La única explicación que eso tiene es que Ethel, desde la posición en que se encontraba, no debía ver la zona del comedor que estaba viendo el niño. Eso resultó muy malo para ella. Resultó mortal.

—Pero ¿por qué esperó el asesino a que el niño se fuese? ¿Por qué siguió quieto al verse descubierto?

—Porque vio que Ethel no hacía caso del pequeño —Coline dejó caer, calmadamente, la ceniza de su cigarrillo—. Su plan, naturalmente, era matar a Ethel cuando ella estuviese sola, ya que de lo contrario el pequeño gritaría. Por otra parte no debía tener el menor interés en matar al pequeño Frank, y sólo intentó hacerlo cuando se dio cuenta de que él podía ser un testigo fatal. Esa actitud moral del asesino con relación al niño, explica, a mi entender, muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Todo a su tiempo, Lemay.

—Pero ¿no se da cuenta de que todo eso es absurdo? El niño vio un retrato mío y me reconoció. ¡Claro que me reconoció! ¡Soy su padre! ¡Él me señaló sin saber lo que ustedes pretendían! ¡Ningún juez con sentido común aprobaría una detención basada en una

prueba semejante! ¡Eso no es sólo una estupidez, sino algo peor: una inmoralidad!

—Precisamente porque ningún juez aprobaría una detención basándose en esa sola prueba, está usted libre ahora, Lemay —dijo lentamente Coline—. Sin embargo, me permito decirle que el niño no recuerda que es usted su padre. Hace un año que usted ingresó en la Santé, cuando Frank acababa de cumplir veinticuatro meses de edad, y un año es demasiado tiempo para la memoria de un niño. Hemos comprobado que Ethel no tenía retratos suyos en la casa. El niño le reconoció porque le había visto antes en el comedor, acechando, pero no por otra cosa.

—Es absurdo... —dijo Lemay, hundiendo la cabeza.

—¿Por qué ha de serlo?

—Yo estaba anoche en la cárcel.

Coline hizo un gesto de impaciencia.

—Le he explicado antes cómo trabaja la policía en un caso de crimen para que se diera cuenta de que dejamos muy pocas cosas al azar. Naturalmente, al señalarle el pequeño, lo primero que hicimos fue consultar su ficha. Figuraba como recluso en la Santé. Comprobamos ese dato.

En la frente de Lemay aparecieron unas finas, casi imperceptibles gotitas de sudor.

—¿Lo... comprobaron?

—Sí, porque la ficha anunciaba como inmediata su fecha de salida. En la Administración de la Santé se nos comunicó que se le había dado permiso por una noche, debido a la necesidad de evacuar una galería entera. Anoche trabajó *madame* Guillotina por dos veces, y se había producido una especie de plante en la sección más cercana a los condenados a muerte. En vista de ello, y para facilitar la evacuación, a usted y a otros dos que salían a la tarde siguiente, se les facilitó permiso por unas horas. Los reglamentos lo permiten y, además, nadie se arriesgaba. ¿Quién va a intentar fugarse de París cuando lo único que tiene que hacer es volver a la cárcel a que le entreguen su orden definitiva de libertad? Y eso fue lo que ocurrió con usted, Lemay. Pensó que tenía una magnífica coartada, y en efecto la hubiera tenido... si nosotros no llegamos a comprobar su estancia en la cárcel.

Las gotitas de sudor en la frente de Lemay se hicieron más

concretas y visibles.

—¿Me está acusando?

—Le estoy acusando, Lemay.

—Entonces, ¿esto qué es? ¿Una especie de encerrona? ¿Y nada menos que en la Embajada de los Estados Unidos?

Sturzer gruñó:

—Mida sus palabras, Lemay.

—No es una encerrona —dijo Coline con la flemma que hubiera empleado un inspector británico—; para tenerlo seguro nos hubiera bastado pedir telefónicamente a la Santé que se le retuviera, o bien volverlo a detener con un arresto gubernativo en la misma puerta de la cárcel. Lo único que he hecho ha sido aprovechar la ocasión de tener usted que presentarse aquí... para interrogarle, digamos extraoficialmente. Y creo que la conversación ha resultado del mayor interés.

Lemay entrelazó los dedos nerviosamente, y éstos crujieron como cables metálicos.

—¿Por qué no me detiene, Coline?

—¡Oh, porque sería inútil! Usted buscaría enseguida un abogado, y hasta el más simple de todos ellos diría al juez que no se puede tener detenido a un hombre basándose en el único testimonio de un niño, de tres años. Como eso, además, es cierto, al juez le faltaría tiempo para disponer su libertad. Y entonces sería ya mucho más difícil volver a detenerle.

—Cuando me eche el guante quiere hacerlo sobre seguro, ¿no es eso?

—¡Qué inteligente es usted, Lemay!

Éste volvió a entrelazar los dedos, que siguieron crujiendo. Debía ser terrible la fuerza de aquellas manos, y lo mismo Coline que Sturzer y Johnson tuvieron un mismo y estremecedor pensamiento: lo que hubiera sido del pobre Frank si aquellos dedos que ahora tenían ante los ojos llegan a alcanzarle.

Los tres sintieron horror, curiosidad y asco.

Coline pareció adivinar sus pensamientos cuando dijo:

—Ya que ha autorizado usted la exhumación del cadáver de su esposa, nada más tiene que hacer aquí, Lemay. Cuando salga, una secretaria le hará firmar una hoja que ya debe estar preparando en estos momentos. Pero no intente escapar de París, amigo mío. Si

intentara hacerlo, mis hombres tienen una orden bien concreta: dispararán sobre usted.

—Eso sería ilegal... —se atrevió a decir Sturzer.

—Ese hombre me da tanto asco —dijo fríamente Coline—. Como se lo da a los que van a vigilarle estos días. Ni a ellos ni a mí nos importará mentir diciendo que intentó fugarse cuando le habíamos dado el alto. Tú no protestarás, ¿verdad, Lemay, cariño?

Los ojos de Coline eran pequeños, crueles y cínicos. Coline era un tipo a quien le gustaba asistir a las ejecuciones de los criminales que él había detenido, colocándose tan cerca que hasta se manchaba con la sangre al saltar la cabeza. Cuando la decapitación de «*monsieur* Billy» llevó la exageración a tal extremo que el ayudante del verdugo tuvo que apartarle, y la sangre del joven condenado casi le inutilizó un traje. Aquellos ojos que habían visto tantos horrores eran los que ahora contemplaban fríamente a Lemay. Éste supo que Coline le estaba imaginando ya en la plancha de la guillotina. Que disfrutaba con ello.

Sintió frío.

—Aún no me han dicho por qué el asesino no alcanzó a mi hijo —susurró poniéndose en pie—. Si llegó a rozarle la nuca, ¿qué le detuvo luego?

—La presencia en la terraza de una mujer —dijo calmosamente Coline—. Una vecina suya.

Encendió con lentitud otro cigarro y añadió:

—Una mujer paralítica...

CUATRO

La mujer miró la mascarilla obtenida directamente sobre las facciones de otra mujer que ya estaba muerta.

Conocía bien aquella clase de mascarillas porque en su casa había muchas de ellas. Conocía también el modo cómo se obtenían, vertiendo el yeso sobre el rostro y las manos de las personas que acaban de morir. El efecto de muchas de ellas era espectral, alucinante. Por las noches, las mascarillas que ella estudiaba parecían brillar a la luz de los anuncios de neón que entraba por la ventana. Parecían vivir.

La mujer acercó más su silla de ruedas al espejo del tocador. La mascarilla estaba allí, quieta y solemne como el rostro de un muerto. La mujer la miró con mucha atención, sus dedos la rozaron con un cuidado exquisito, y empezó a maquillarse.

Aquélla era una labor lenta y meticulosa, digna de una verdadera artista.

La mujer permaneció casi una hora sumida en aquel lento y paciente trabajo, sin dejar de mirar a la mascarilla para que la semejanza fuera absoluta.

Transcurrido ese tiempo, el rostro de la mujer se había transformado. Era casi exactamente igual que el rostro de la muerta, fielmente recogido en la mascarilla de yeso. Las facciones solemnes, tirantes, tenían el rigor del Más Allá. Los ojos parecían espectrales, carecían de luz.

Sólo los hermosos cabellos rubios de la mujer no rimaban con aquel rostro de una persona ya muerta.

Ella fue entonces, moviendo las ruedas de su silla, hacia una estantería donde había docenas de pelucas. Se puso una, de cabellos ya grises, y su rostro cambió definitivamente. Pareció el de una muerta que por una especie de milagro se mantuviese erguida sobre aquella silla de ruedas.

Fue entonces, al girarse, cuando vio al hombre.

Estaba apoyado en una de las jambas de la puerta, y la miraba con ojos grises e inexpresivos. Llevaba una gabardina no muy limpia, que marcaba su cintura estrecha y sus espaldas de luchador de «catch». Los cabellos rubios le caían en parte sobre la frente.

Ella no se sorprendió. Sólo sus ojos parecieron temblar durante unas fracciones de segundo.

—Buenos días, señor Lemay —dijo únicamente.

—La he estado contemplando durante un rato.

—No me sorprende.

Él sacó las manos, que tenía ocultas en los bolsillos de su gabardina. Eran unas manos enormes, duras y con dedos parecidos a piezas metálicas que crujían al menor movimiento. Instintivamente la mujer las miró, sin lograr apartar los ojos de ellas.

Lemay volvió a ocultarlas en los bolsillos de su sucia gabardina.

—¿No le sorprende? —preguntó.

—No. Estos departamentos de París con terraza están contruidos con un absoluto impudor. Se puede pasar de un departamento a otro con la mayor facilidad. Yo mismo he pasado alguna vez al suyo, a pesar de mi silla de ruedas. Nadie tiene su intimidad segura en una ciudad como ésta.

—Es cierto.

—¿Qué quiere usted, señor Lemay?

—Quería hablar con usted, pero permítame que le diga ante todo que su trabajo es admirable.

—¿Qué trabajo?

—Ese al que usted se dedica. La caracterización.

Ella hizo girar secamente las ruedas de su silla y retrocedió con la misma facilidad que una persona que pudiera valerse de ambas manos.

—Usted no sabe de qué habla, señor Lemay.

—¿No?

—No. Lo digo porque no tiene la menor idea de cuál es mi trabajo. Jamás había entrado usted aquí, y creo que no habíamos hablado nunca. En realidad es la primera vez que nos vemos cara a cara, señor Lemay.

—Entonces, ¿cómo me ha conocido?

—Por el retrato que hoy publican los periódicos: «El pobre marido que halla a su mujer desollada al salir de la cárcel». ¿Quiere verlos? Ahí tiene. *París Presse*, *Franc Tireur*, *Le Monde*... Hasta el moderado *Le Fígaro* la publica. Es usted hoy un hombre famoso en París, señor Lemay. Todo el mundo le compadece.

Él sacó ahora la mano derecha de su bolsillo y se la pasó por delante de los ojos.

—Lo dice usted con una especie de rencor, muñeca.

—¿Muñeca yo? ¿Muñeca en esta silla de ruedas?

—¡Vaya! Veo que no le gusta que la piropeen.

—No me gustan los piropos de arrabal, señor Lemay. ¿Por qué pierde el tiempo dedicándomelos a mí? París está lleno de mujeres que gustosamente se exhiben desnudas. Los *cabarets* hierven. ¿Por qué no va a esos sitios? Allí las mujeres gustan que les llamen muñecas.

—Ya comprendo que a usted no le complacen los *cabarets*. ¿Cómo sería eso posible si sólo le gustan los cementerios?

—¿Por qué lo dice?

—Por las mascarillas de personas muertas. Tiene docenas de ellas en esta habitación.

La mujer las miró. Las mascarillas parecían contemplarla. Eran como los rostros, como las expresiones de un cementerio trasladadas a aquel rincón del centro de París.

—No tiene usted razón, señor Lemay. Se ha equivocado. Yo odio esas mascarillas, pero forman parte de mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Por una parte preparo figuras para el llamado Museo de Cera. Pero ése es un trabajo con el que no puedo contar siempre. Por otra, soy actriz.

—¿Actriz?

Y Lemay miró sin disimulo la silla de ruedas.

—Exacto, señor Lemay. Le sorprende, ¿verdad? Usted sólo concibe a las actrices moviéndose de un lado para otro del escenario. Yo no puedo hacerlo, desde luego, ni lo podré hacer nunca. Por eso me he especializado en papeles de personajes muertos.

Lemay percibió, en contra de su voluntad, aquel ambiente de panteón, de cosa solemne, triste y funeraria, que había en aquel

departamento.

—Curiosa especialidad —susurró.

—¿Curiosa? Usted seguramente ignora lo meticuloso y exacto que es el teatro francés, señor Lemay, sobre todo la «Comedie Française». Un teatro cuyos estatutos redactó el propio Napoleón en el incendio de Moscú, no puede cuidarse de cualquier modo. Cuando en una obra aparece, sea en forma de fantasma o en la realidad, un personaje muerto, la caracterización tiene que ser tan cuidada que hasta los propios actores sientan un escalofrío. Ni que decir tiene que eso es mucho más importante cuando el personaje es reproducción de alguien que existió.

Una estrecha sonrisa se dibujó en los labios de Lemay.

—Sí... —dijo—. Ya comprendo que usted solo puede hacer esa clase de papeles. Personajes que no necesiten moverse o que, como máximo, puedan moverse en un escenario oscuro, sobre una silla de ruedas... Pero el principal trabajo es el del maquillador. ¿Por qué se molesta en maquillarse usted misma?

—Porque yo cuido los detalles mucho más que los profesionales del teatro —musitó ella—, y porque así estoy aprendiendo también un nuevo oficio. Usted no puede hacerse cargo de lo que es mi vida, señor Lemay. Una lucha constante contra la soledad y la miseria, una lucha de cada día que me agota poco a poco. Los papeles que yo puedo representar no abundan demasiado en el teatro, y sé que a veces me incluyen en el reparto por verdadera lástima. En cambio, yo podría hacer el oficio de maquilladora perfectamente. En la «Comedie Française» se representa mucho teatro clásico. Hay que caracterizar a personajes de época, a veces a reyes, emperadores y tiranos. Yo, desde mi silla de ruedas, podría hacer ese trabajo.

La voz dulce y las palabras de la mujer hubieran interesado —tal vez conmovido—, a otro hombre, pero las facciones de Lemay continuaron inexpresivas, como si estuvieran talladas en piedra.

—¿Siempre ha sido usted actriz?

—Siempre, incluso después de mi accidente.

—¿Qué accidente?

—Una caída de esquí con lesión en la columna vertebral. Hace cuatro años. Desde entonces estoy en esta silla de ruedas.

—Siento no haberla conocido antes, muñeca.

—¿Por qué insiste en llamarme muñeca?

—Porque no sé su nombre.

—Me Llamo Persia Laforet.

—Muy bien, Persia. Iba a decir que lamento no haberla conocido hace cuatro años.

—¿Por qué?

—Entonces debía ser usted... ¿cómo diría yo? —Miraba descaradamente el relieve de sus caderas y de sus piernas—. No está usted mal, a pesar de todo. Entonces debía usted ser algo inmenso.

—Me da usted asco, señor Lemay. Un asco tan grande que me llega poco a poco hasta la garganta.

—Y usted me da un poco de miedo, ¿sabe? Este departamento parece un panteón. ¿Le gusta vivir así?

—No... ¡Oh, no! Nunca me ha gustado vivir entre estas horribles mascarillas ni tener que maquillarme tantas veces para imitar el rostro de personas ya muertas. Nunca me ha gustado, pero por el momento no tengo otro remedio —se miró al espejo, viendo sus facciones rígidas y sus cabellos grises—. Yo no soy así —dijo—. Nunca he sido así...

Hizo un gesto suave y se quitó la peluca. Sobre su nuca y sus hombros cayó el adorno maravilloso de sus cabellos rubios.

Lemay lanzó un silbido.

—Muy bonitos...

Luego ella, en silencio, avanzó hacia el tocador, tomó una toalla y se aplicó crema desmaquilladora. Estuvo trabajando durante largos minutos, retirando todas las cremas de su rostro, mientras Lemay la miraba. Al terminar, volvió el rostro hacia él. Una repentina luz de interés asomó a los ojos del hombre, mientras la contemplaba.

—Es usted muy bonita...

—¿Sí?

—Y muy tentadora. Creo que nunca he visto un rostro como el suyo. Repito que lamento no haberla conocido antes.

—Y yo repito también lo que he dicho antes, señor Lemay: Me da un asco que sube poco a poco hasta mi garganta, igual que una náusea. Es usted un animal repugnante, señor Lemay. No sabría decir si es una serpiente o un cerdo.

—No me habla usted con demasiada amabilidad, señorita Persia.

—Está usted hablando de la belleza de mi rostro, y está mirando

con desfachatez la línea de mis caderas cuando su mujer aún no ha sido retirada del depósito de cadáveres. Seguramente ayer le hicieron la autopsia, señor Lemay, y hoy la habrán embalsamado. ¿Sabe usted cómo se hacen las autopsias, señor Lemay? ¿Imagina el cráneo de su pobre mujer serrado con una sierra quirúrgica, para sacarle la masa encefálica? Si usted tuviera corazón pensaría eso, señor Lemay. Si tuviera un asomo de decencia, no volvería a mirar a otra mujer en su vida.

—Pero ella ya está muerta, ¿no?

—Yo he estado reencarnando estos años en el teatro a personas ya fallecidas, y eso me ha enseñado que nunca morimos del todo, señor Lemay.

—Es usted una mujer muy interesante, señorita Persia. Diría más: una mujer admirable.

Ella escupió la palabra por entre sus labios apretados:

—¡Váyase!

—Todavía no.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero que me explique lo que sabe sobre el crimen.

Ella sonrió con una sonrisa burlona, casi sarcástica.

—¿De veras tiene interés por saberlo, señor Lemay?

—Sí. Por eso he venido.

—¿Y si le dijera que no sé nada?

—Mentiría. Sé que fue usted quien salvó sin pretenderlo la vida de mi hijo. El pequeño Frank huyó hacia la terraza, asustado, al ver a su madre muerta. Vio al asesino también, y él lo persiguió para eliminar aquel testigo que podía enviarle a la guillotina. Pero usted estaba en la terraza, muñeca...

—Sí. Ya hemos dicho antes que se puede pasar fácilmente de un sitio a otro incluso con una silla de ruedas.

—El asesino la vio, y se dio cuenta de que si avanzaba un solo paso más usted podría reconocerle. Por eso se detuvo y por eso salvó la vida del pequeño Frank, mi hijo.

—¿Ha leído usted todo eso en los periódicos, señor Lemay?

—Lo he deducido por lo que dicen los periódicos y por lo que me ha contado la policía.

—¿Y usted lo cree?

—¿Por qué no he de creerlo?

—Porque para el asesino no hubiera tenido importancia adelantar ese paso más, aunque yo le viese perfectamente la cara. No... —Y Persia movió la cabeza—, no hubiera tenido la menor importancia. De un solo golpe en la nuca hubiera podido matar a un niño como Frank, que apenas había cumplido los tres años. Y en cuanto a mí... ¿cómo podía huir una mujer que tiene que estar sentada en una silla de ruedas? Medio minuto escaso le habría bastado para alcanzarme, señor Lemay, y otro medio minuto para estrangularme con sus manos —y miró los poderosos dedos del hombre que tenía frente a ella—. Yo no hubiese podido ni pedir auxilio.

Lemay la miraba desde la puerta. Había en sus labios una sonrisa cuadrada, una sonrisa extraña.

—¿Qué cree entonces que sucedió, muñeca?

—¡No me llame muñeca! ¡Le he dicho ya mi nombre!

—Está bien, Persia, no se excite. ¿Qué cree usted que sucedió?

—Sencillamente, que aquel hombre no quiso matar al pequeño.

—¿Por qué?

Ella se mordió los labios.

—No sé.

—Conteste, Persia. Usted sabe que esto es importante. ¿Por qué no lo mató?

—Porque un hombre puede ser capaz de asesinar cien veces a su esposa, pero difícilmente se encuentra una bestia humana capaz de terminar con su propio hijo.

La sonrisa en labios de Lemay se había ido quedando helada y rígida.

—¿Sabe usted lo que está diciendo, Persia?

—Claro que lo sé.

—Me está acusando de ser yo el asesino.

—¿Y no lo es?

—¿Es que también ha hablado con la policía?

—Sí.

—¿Y les ha dicho lo que vio?

—No vi nada en realidad, señor Lemay, excepto una sombra que perseguía al niño.

—Esa sombra, ¿era yo?

Persia dejó resbalar sus ojos por encima de la ventana, a través

de la cual se distinguían los tejados grises del *boulevard* Hausmann. París seguía teniendo una deliciosa luz, pero ahora todos los matices de esa luz le parecían siniestros.

—Diga —insistió Lemay nerviosamente—. ¿Esa sombra era yo?

—Resulta difícil decirlo. La terraza estaba a oscuras, y todo sucedió con demasiada rapidez. Pero tengo la impresión de que sí, señor Lemay. Tengo la impresión de que era usted.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes a la policía?

—¿Cómo quería que lo hiciese si yo no le había visto nunca, señor Lemay? Es ahora, en este momento, cuando puedo comparar.

Él volvió a dirigirle una sonrisa cuadrada.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa, muñeca?

—No. No sé qué quiere decir.

—Es usted muy ingenua o muy lista, muñeca. Con estas palabras podría haber sellado su sentencia de muerte.

—El niño también le reconoció, ¿no?

—Así es.

Persia le miraba fijamente, con sus profundos ojos azules. Hubiera sido imposible decir lo que había detrás de aquellos ojos, de aquella extraña mirada. Pero la luz de la tarde de París se reflejaba en sus pupilas, arrancándoles destellos. Y ambos tuvieron la sensación, sólo al mirarse, de que se encontraban en uno de los momentos más cruciales de su existencia.

Fue Lemay el que dijo:

—Me reconoció, en efecto. Al menos dijo a la policía que era yo el hombre a quien había visto.

—Pero a usted eso no le ha intranquilizado mucho —dijo Persia—. No, no le ha intranquilizado de ningún modo porque el testimonio de un niño de tres años no puede admitirse ante ningún Tribunal. Ni siquiera la policía puede tenerlo en cuenta como indicio. Pero si digo que también creí reconocerle, las cosas cambiarán. La policía podrá aportar el testimonio del niño como complemento de lo que yo diga y, además, mi testimonio sería válido ante cualquier Tribunal. Es eso lo que está pensando, ¿verdad? De repente, todo le parece distinto.

—Sí.

Persia hizo girar suavemente las ruedas de su silla.

—¿Está pensando matarme, señor Lemay?

—Eso es usted la que debe pensarlo. ¿No tiene miedo a que lo intente? Está usted indefensa. Me bastarían dos minutos para estrangularla —levantó un poco sus manos y las mostró a la mujer—. Le juro que no tendría tiempo ni de pedir auxilio.

Las palabras de Lemay eran secas, precisas, e indicaban que no estaba hablando de una mera hipótesis. Eran exactamente las palabras de un asesino que piensa cumplir su amenaza.

Cualquier mujer, estando sola ante él, se hubiera estremecido, pero Persia se echó a reír.

Los arpeggios de su risa musical y joven parecieron cambiar por sí solos el triste ambiente de aquella habitación.

Lemay arqueó una ceja. Por primera vez dio la sensación de que iba perdiendo la serenidad poco a poco.

—¿De qué se ríe?

—Es que tiene usted muchísima gracia, señor Lemay. En estos momentos puedo sentirme más segura que si me rodeasen cuatro gendarmes por cada lado. La policía le ha dejado en libertad porque, de momento no tiene pruebas concluyentes contra usted; pero está vigilando sus menores, movimientos. En estos instantes el comisario Coline, que es el que habló conmigo, debe saber ya que está aquí y que llevamos exactamente un cuarto de hora reunidos. ¿Imagina lo que sucedería si ahora me matase, señor Lemay? No creo que tardara ni dos meses en probar el filo de la guillotina. Comprendo que eso le decepcione, pero ahora no puede atreverse a tocarme ni a un pelo de la ropa.

El hombre la contemplaba con la misma sonrisa cuadrada.

—De todos modos, muñeca, sabe que puedo matarla.

—Sería curioso —musitó ella en voz baja—. El asesino advirtiéndole a su víctima... ¿Cree que me descuidaré? —¿O cree que se descuidará un solo instante la policía?

Él se acercó a la ventana e hizo un gesto amplio, abarcando los tejados grises del *boulevard* Hausmann.

—París es como una inmensa selva —dijo—. Yo puedo perseguirla a través de sus calles y de sus vericuetos como una serpiente persigue al pajarillo al que quiere devorar. ¿Cree que me faltarán ocasiones? —De pronto sus ojos habían cambiado, se habían hecho cínicos y crueles—. Usted tiene que ir al teatro, tiene que maquillarse en habitaciones donde quizá no hay nadie... Tiene

que aguardar entre bastidores a que le den su salida a escena. Y entre bastidores hay tantos lugares oscuros donde puede ocultarse alguien...

Hizo una pausa, introduciendo las manos en los bolsillos, y prosiguió:

—Si yo tuviera que soñar en una víctima ideal, en alguien a quien pudiera matar perfectamente y de modo que no pareciese crimen, elegiría una actriz de teatro. Y si esa actriz tiene que intervenir sólo en momentos en que el escenario está a oscuras, mejor que mejor. Y si además necesita desplazarse sobre una silla de ruedas, el crimen se convierte en algo tan fácil que hasta a uno le da un poco de asco tener que preocuparse de tan pocas cosas. Creo, muñeca, que de un modo u otro su muerte llegará cuando yo quiera. Nadie podrá protegerla.

Ella se estremeció por primera vez. La voz tranquila, pausada, de aquel hombre que hablaba del crimen como quien habla de un experimento, le había llegado hasta las entrañas. Sentía miedo, un miedo horrible, y si en aquel momento hubiera sido de noche, en lugar de estar iluminados por la luz dulce de París, habría lanzado un grito.

Hizo un esfuerzo para serenarse.

—¿Y si hablo antes con la policía? —susurró—. Le detendrán. Desde una de las celdas de la Santé no podrá hacerme nada.

—¡Oh, conozco la Santé! Es como mi segunda casa, ¿sabe? Me he pasado allí meses y meses. Sé las costumbres tan bien como si yo mismo fuera el director de la cárcel... o el «ejecutor de las altas obras».

—El «ejecutor de las altas obras» es el verdugo de París, ¿verdad? ¿Por qué me habla de eso?

—Tal vez porque mi trabajo va a ser muy semejante al del verdugo.

—Repito que hablaré antes con la policía.

—Y repito que yo conozco muy bien la Santé. Puedo hacer llegar un mensaje al exterior cuando me interesa. Puedo pagar a un asesino profesional para que la liquide aun cuando yo esté entre rejas. Pero no es eso todo, muñeca. Usted sabe perfectamente que no daré ocasión a que me detengan. La vigilaré día y noche y la exterminaré antes de que pueda hablar con la policía.

—¿Quiere decir entonces que no me queda ninguna salida?

—Sí. Una.

—¿Cuál?

—Márchese de Francia. Vaya a cualquier sitio, a dónde le dé la gana. Habrá compañías que estén en «*tournée*» y que la contratarán. Deme una oportunidad para escapar de este embrollo y no le ocurrirá nada. Dentro de dos meses no me importará que hable, porque ya se habrá perdido por completo mi pista.

Ella entornó los párpados y por unos instantes desapareció su limpia mirada azul.

—Es extraño este pacto —dijo—. Un asesino proponiendo un arreglo amistoso a su víctima...

—No es tan extraño como usted cree —susurró Lemay—. Si los cuerpos que ingresan en el depósito de cadáveres pudiesen hablar le diría que muchos de ellos recibieron también una oferta semejante... y no la atendieron. Nadie mata porque sí, muñeca. En un ochenta por ciento de los casos, se intenta antes llegar a un arreglo con la víctima.

—Me está usted dando una idea, señor Lemay.

—¿Sí?

—Pienso ahora, de repente, que quizá me confundí y no era usted el tipo que vi persiguiendo al pequeño Frank.

—¿Qué significa ese cambio de postura? ¿Significa que estamos a punto de llegar a un acuerdo?

—No es eso exactamente. Sólo que si usted fuera el asesino no lo reconocería con tanta claridad.

Lemay lanzó una breve y seca carcajada.

—¡Qué inocente es usted, paloma! Un asesino nunca reconoce nada ante la policía, pero no le importa hablar claro a la persona a la que confía matar.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta de la terraza.

—Espero sus noticias, muñeca. Y sea prudente.

Ella se irguió un momento, alzando todo lo posible el tronco sobre su silla de ruedas.

—¿A dónde va usted, Lemay?

—¿A dónde? ¿No lo imagina? A ver a mi mujer. ¡La pobre debe sentirse tan sola en el depósito de cadáveres!

CINCO

Un «Citroën 15», negro y brillante como el charol, pasó como por casualidad delante de la casa cuando Raymond Lemay salía.

El hombre sonrió secamente.

Sólo le faltaba a aquel coche llevar una banderita con las iniciales del comisario Coline. No sólo era del tipo que normalmente emplea la policía, sino que sus ocupantes —cuatro fulanos con aspecto de gorilas—, se habían vuelto a mirarle igual que si él fuera Brigitte Bardot en combinación.

Lemay no se sorprendió.

Sabía que estaba vigilado.

Tomó un taxi en la rue Chaussée d'Antin e hizo que le condujese al «Hotel Dieud», el gran hospital de París, situado muy cerca de Notre Dame.

Seguro que Ethel tenía que estar en aquel depósito de cadáveres.

Un recepcionista con bata blanca y ojos de búho le preguntó por las señas del cadáver con cuya contemplación pensaba deleitarse.

—Era mi esposa —terminó diciendo Lemay después de contestar a todas las preguntas.

—Muy bien. Documentos.

Lemay los mostró.

Desde allí veía la puerta de cristales que daba al gran patio, con un «Citroën 15» estacionado ante ella.

—Pase al interior —dijo el de la cara de búho.

Y le miró con extrañeza por el hecho de que Lemay no se había molestado ni en ponerse una simple corbata negra.

Los cadáveres estaban en cajones, introducidos dentro de la cámara frigorífica. Pero el de Ethel ya no fue encontrado allí.

—¡Ah! Ahora recuerdo... Está en la sala —dijo otro empleado de bata blanca, éste con cara de cerdo bretón.

Condujo a Lemay hasta un gran departamento donde había siete

mesas de mármol, cuatro de ellas ocupadas ya por cadáveres pulcramente vestidos y metidos en sus ataúdes. Aquéllos eran sin duda los que aguardaban turno para el entierro.

Vio a Ethel, en la segunda de aquellas mesas.

El que fue hermoso cuerpo estaba completamente vestido de negro, con zapatos, medias e incluso guantes, dando la sensación de que en cualquier momento podía levantarse y echar a andar con aquella elegancia, con aquella pulcritud que siempre había distinguido a Ethel. Incluso muerta tenía distinción. Incluso muerta seguía siendo una dama.

Lemay se acercó más.

La impresión de vida, incluso de elegancia, que daba Ethel a cierta distancia, se perdía cuando uno la miraba de cerca. Aquella palidez terrible de su rostro —Ethel había muerto desangrada a causa del tajo en el cuello—, era como la imagen de la misma muerte. Aquel gesto de estupor y de incredulidad que había en sus labios y que ni la rigidez cadavérica había conseguido borrar... Aquella marca de la cuchillada que era perceptible a pesar de que habían puesto buen cuidado en abrocharle bien las ropas.

Lemay se dio cuenta también de las señales de la autopsia. La piel un poco arrugada de la frente, lo cual indicaba que no había sido bien tensada después que le volcaron el cuero cabelludo sobre el rostro, para arrancarle el cerebro. El pecho un poco hundido, al cual era señal de que ya faltaba el esternón. Los cabellos desordenados después de aquel siniestro trabajo...

El empleado con cara de cerdo bretón musitó:

—¿Es ésta?

—Sí.

—¿Usted es el marido?

—Sí.

—Puede quedarse aquí si quiere. Van a llevársela dentro de media hora. Está embalsamada, ¿sabe? Creo que se la llevan a Estados Unidos.

—Ya sé.

Los labios de Lemay apenas se movían al contestar.

—Todos los que están en la sala van a salir hoy —dijo el hombre—. A veces esto se llena de gente.

Lemay le soltó quinientos francos para que el individuo se

largara contento y con el rabo en alto.

Fue entonces, al creer que estaba solo, cuando se dio cuenta de que había sufrido una equivocación.

Alguien más se encontraba en la sala, mirándole. Como la iluminación no era muy perfecta, había al fondo una zona de sombras de las que se despegó lentamente un hombre. Era un tipo alto, fuerte, correctamente vestido con traje oscuro, guantes y un sobretodo gris. Tenía aspecto de médico de ricos o de abogado de moda, y debía frisar en los treinta y cinco años.

Lemay supo intuitivamente que estaba allí a causa de él, o más bien a causa de Ethel, porque el hombre no había dejado de mirar el cadáver ni un solo instante.

Surgió de la zona de sombras y se adelantó unos pasos, hasta quedar detenido a menos de medio metro de la mesa mortuoria.

Miró a Lemay, pero no dijo una sola palabra.

Éste consultó su reloj para dominar un principio de nerviosismo que le iba acometiendo. Eran ya las seis de la tarde. Fuera, la luz tibia de París debía haberse convertido en una mancha negra que cubría la ciudad entera. En los barrios alegres empezarían a encenderse las luces.

Lemay alzó el rostro otra vez y miró las facciones inexpresivas del hombre, que parecían talladas en acero fino.

—¿Viene a este entierro? —preguntó.

El otro despegó los labios.

—¿Y usted?

Tenía una voz lejana y metálica.

—Era mi esposa —dijo Lemay.

—Entonces va a esperar...

Lemay no contestó. Dio media vuelta y salió de la fúnebre sala. No sabía lo que le ocurría, pero le era imposible respirar allí dentro. Necesitaba llenar sus pulmones con el aire libre de París. Caería ridículamente desmayado si continuaba más tiempo en el depósito de cadáveres.

Era la primera vez que le ocurría aquello, pero no había podido evitarlo.

Salió del Hotel Dieu y tomó en Notre Dâme el «metro», transbordando y dejándolo en Clichy. Allí estaban los locales de diversión, los primeros espectáculos nocturnos.

La noche anterior también había estado allí, pero aún no se habían hartado después de tantos meses de cárcel.

Vio el cartel de un espectáculo. «Un vestido para treinta mujeres». Ello indicaba que al menos veintinueve de ellas irían muy ligeritas de ropa.

¿Y el entierro?

Lemay hizo un gesto de hastío.

El cadáver debía salir en aquellos instantes del «Hotel Dieu» a fin de ser transportado al aeropuerto. Un bonito espectáculo.

Mejor sería enterarse de cómo las treinta mujeres se repartían un solo vestido.

Lemay pagó la entrada y penetró en el local, sin molestarse en dejar en el guardarropa su gabardina sucia.

SEIS

Lo del único vestido para tantas mujeres resultó bastante divertido, porque, en efecto, muchas de ellas parecían no tener nada para ponerse.

Pero Lemay no tuvo bastante con eso.

Después del espectáculo, y como era temprano todavía, se introdujo en una «cave» donde bailaba un grupo de jovenzuelos. Allí se puso a beber. Luego estuvo en un espectáculo de «*striptease*», sentado a una mesa de primera fila. Mientras bebía y bebía, sus ojos se iban volviendo turbios. A la una de la madrugada salió de allí.

Lloviznaba muy suavemente sobre París.

Las calles estaban brillantes, con reflejos de charol. En el *boulevard* Rochechuart, un quiosco que vendía postales y revistas atrevidas estaba abierto aún. Frente a él se había formado un curioso grupito de turistas.

Lemay se sentó en un banco. Estaba mareado.

Los meses pasados en la cárcel le habían quitado el hábito de beber, y ahora no resistía tanto como antes.

Cerró los ojos y se llevó la mano derecha a los párpados, apretándolos, como si quisiera concentrar sus pensamientos.

De pronto oyó un suave ruido.

Alguien se había detenido frente a él.

Lemay abrió los ojos, pensando en uno de los gorilas del comisario Coline, y se encontró frente al tipo bien vestido a quien viera ya, horas antes, en el depósito de cadáveres.

El hombre llevaba ahora el sombrero puesto —un impermeable sombrero de línea inglesa—, y sus manos estaban introducidas en los bolsillos del gabán.

Lemay escupió al suelo.

—¿Qué quiere? —Gruñó.

—Supongo que usted me recuerda —dijo el desconocido con voz

metálica.

—Sí, le recuerdo... Usted es un tipo con costumbres de buitre. Se ve que disfruta pasando horas en el Depósito de Cadáveres.

—A veces es más honrado ver mujeres muertas que contemplar con la boca abierta mujeres vivas.

—¿Lo dice por lo del espectáculo? ¿También ha estado allí?

—He estado en todos los espectáculos que usted ha frecuentado esta noche. En el del vestidito y en los otros.

Lemay emitió una especie de ronquido.

—¿Por qué me sigue? ¿Quién es usted? ¿Uno de los esbirros de la «Sûreté»?

—No tengo nada que ver con la policía.

Lemay le contemplaba ahora burlonamente, sin moverse de su sitio. Las finas gotitas de lluvia iban empapando su gabardina sucia.

—Me llamo Barton —dijo el hombre elegantemente vestido—. Soy norteamericano, pero llevo muchos años residiendo en París. Puede decirse que media vida.

—Sí, ya he notado que habla usted un francés perfecto, sin nada de acento. ¿Y qué quiere?

—Quiero hacerle una advertencia, Lemay.

—¿Conoce mi nombre?

—Yo creo que en estos momentos todo París lo conoce.

—Pero los periódicos no han publicado mi foto...

—Es igual. Yo sé quién es. ¿Le basta con eso, Lemay?

Lemay se encogió de hombros.

—Muy bien. Vamos a un café si quiere hablarme. Hay varios abiertos en esta zona.

Se sentaron en un establecimiento donde se anunciaba exclusivamente cerveza de Alsacia.

—¿Dice que se llama Barton? —preguntó Lemay sin interés—. ¿Y que es norteamericano? ¿Qué hace en París? No me diga que estudia pintura porque a lo mejor me da por reír y vomito todo lo que he bebido.

—Me da usted asco —dijo Barton.

—¡Qué original! Esta misma tarde una mujer me ha dicho lo mismo. Pero en sus labios, ¿sabe? resultaba mucho más divertido.

—No estudio pintura, señor Lemay, pero soy comerciante en cuadros, o marchante, como se dice en París. También soy

decorador y por ello tengo mucha relación con gentes de teatro.

—¡Ah, vaya! Y resulta que usted conoce a Persia Laforet.

—Mucho.

—Curiosa chica. Una verdadera muñeca.

—Esa palabra resulta ofensiva en sus labios, señor Lemay —dijo Barton por entre sus dientes apretados—. No vuelva a pronunciarla.

—¿Por qué?

—Porque le partiré la boca.

Lemay no pareció impresionarse, pero sus ojos brillaron un instante con el fulgor de los de una fiera nocturna.

—Mire, Barton, distinguido amigo mío, buitres de lujo, pajarraco con cuyas plumas se acarician la oreja las señoritas... Yo no he venido a buscarle, no le he dicho nada, no me he metido con usted. ¿A qué viene todo esto? Si tiene miedo a que le quite a Persia Laforet va listo. No me gustan las chicas a las que hay que acariciar sobre una silla de ruedas.

Los labios de Barton se apretaron tanto que llegaron a quedar exangües.

—Le mataré, Lemay.

—Bueno, bueno, menos dramatizar y hablemos con calma. —De pronto Lemay adquirió un aire desenvuelto y frívolo—. Dígame a qué tiene miedo. ¿Es usted el novio de Persia Laforet?

—No.

—Entonces...

—No lo soy aún, pero la admiro y puede que lleguemos a amarnos. Para mí, señor Lemay, no tiene importancia que las piernas más o menos bonitas de una chica descansen sobre una silla de ruedas. Persia y yo nos hemos conocido en los ambientes teatrales de París y hemos llegado a pasar muchas inquietudes juntos. ¿Le extraña que desee protegerla? Sé que usted ha estado esta tarde con ella.

—¿Y le ha contado nuestra conversación? —preguntó Lemay, viendo por primera vez, entre las brumas del alcohol, que había sido demasiado valiente—. ¿Qué le ha dicho?

—Nada, excepto que ha hablado con usted. Pero estaba tan inquieta, a pesar de que intentaba disimularlo, que me he dado cuenta de que algo extraña sucedía. Persia y yo nos conocemos lo bastante para hablamos con la mirada. Sé que ella está envuelta en

ese crimen que usted cometió, y pienso que ha debido llegar a amenazarla.

—¿El crimen que yo cometí? ¿Qué lenguaje es éste?

—Los tipos de criminales han cambiado, señor Lemay —dijo él por entre sus dientes apretados—. Antes el criminal era astuto, se ocultaba, cometía sus crímenes con inteligencia y procuraba no dejar ninguna huella tras él. El crimen, en cierto modo, era científico.

Hizo una pausa y añadió:

—Pero ahora las cosas han cambiado completamente en este aspecto. El criminal se ha dado cuenta de que París y las grandes ciudades son una selva. Sobre todo París, donde hasta respetables burgueses aficionados al Ejército Secreto consideran razonable colocar bombas de plástico en las ventanas de los Ministerios. El criminal se ha vuelto audaz y cínico.

Lo confía todo a su propia desfachatez. ¿Ha oído hablar de «*monsieur* Bill»?

—¡Claro que he oído hablar de «*monsieur* Bill»! Pero no compare, pajarito de salón. Cuidado, no compare.

—«*Monsieur* Bill» —dijo Barton sin alterarse lo más mínimo—, era un jovenzuelo de buena familia a quien le pasó por las narices tomar una dirección equivocada. Un día mató de un pistoletazo al encargado de una estación de servicio porque no le había puesto gasolina lo bastante aprisa. Otro día llevó a las afueras de París a una muchacha con la que pensaba divertirse, y la mató también. No recuerdo exactamente si mató por diversión a seis o siete mujeres antes de que un cariñoso caballero llamado verdugo de París le practicara en la Santé el «afeitado nacional» con una cuchillada reglamentaria de veinticinco kilos de peso. Y usted seguramente se preguntará por qué le hablo de «*monsieur* Bill» y qué tiene eso que vez con nosotros. Pues bien, le hablo de él porque usted es como aquel mal bicho, amigo Lemay, rata cebada de alcantarilla. «*Monsieur* Bill» no se preocupada de ocultar sus crímenes, no tenía miedo a ir dejando huellas por todas partes, y sin embargo, se tardó muchísimo en capturarlo porque su propia audacia le protegía. Él creía que París es una selva y tenía razón. Usted, puerco de los arrabales, cree lo mismo. ¡Oh, no se excite, no crea que no me he informado sobre usted! Con lo que dicen los periódicos y los datos

que en una hora me ha facilitado una agencia de las de consulta telefónica[1] hay bastante para formarse una idea de quién es el bendito Raymond Lemay, súbdito norteamericano que perdió su nacionalidad. Usted siempre ha sido un vago, un indeseable, un podrido y un cubo de basura lleno a reventar hasta los mismos bordes. Estuvo en Argelia y se hizo famoso en los barrios donde viven las prostitutas y donde se comercia con drogas. Llegó a conocerse en toda la «Kasbah» de Argel. Como no trabajaba, le mantenía su infeliz esposa, una pobre muchacha de Virginia a la que concedieron una beca en París para ampliar estudios, y que al conocerle a usted sólo obtuvo un departamento que ella pagaba... y un hijo antes del matrimonio.

Hizo otra pausa y miró a Lemay con ojos que parecían de acero.

—De todos modos reconozco que fue noble al casarse con ella, después de obtener todo lo que quería —prosiguió—. O quizá no lo fue... Después de todo, Ethel era una chica que disfrutaba de unas buenas rentas en los Estados Unidos. Sus buenos dólares verdes, representaban mucho dinero una vez traducidos a sucios francos. Ella le pagó las francachelas de la «Kasbah» de Argel cuando la abandonó con un chiquillo de un año. Ella le pagó buenos abogados cada vez que le detenían en París por tráfico de drogas y por borracheras y agresiones en los barrios donde vivían los argelinos. Porque en usted la gente africana siempre ha ejercido un gran influjo, cochino Lemay. A lo mejor le gustaría tener un harén de malolientes negras... Pero me desvíó. Lo que le estaba diciendo es que Ethel se sacrificó hasta el máximo para que a usted no le faltase nada. Incluso era tonto, Lemay, que usted traficase en drogas si no necesitaba dinero.

—Mi mujer me pagaba los trajes, pero no las borracheras —dijo cínicamente Lemay—. Necesitaba cada día un buen puñado de francos para mis gastos, y sabía cómo ganarlos.

—Todo ha sido terrible, puerco inmundito... —Escupió Barton, poniéndose repentinamente tenso—. Usted mató a la pobre Ethel al salir de la Santé. Debía estar cansado de ella, de sus continuos reproches. Y ahora está ufano y se enorgullece porque la policía aún no ha podido probarle nada.



Al salir de la Santé, deambuló por París...

2 - RECALO

—¿Qué ha de probar?

—Existe un testigo, que es el pequeño Frank, pero su testimonio no tiene valor. En cambio el de Persia Laforet sí que podría tenerlo.

—¿Qué pretende decir?

Las manos de Barton, que descansaban sobre la mesa, se fueron

replegando poco a poco hasta el borde, formando garras.

—No toque un pelo a la ropa de Persia, cochino Lemay. Usted es como «*monsieur* Bill», cuya cabeza descansa ahora separada del tronco: cree que su propia audacia le protege, considera que París es una selva donde sólo los más salvajes pueden vivir. Pero yo estoy advertido, Lemay. Le juro que si toca a Persia lo estrangularé con mis propias manos.

Barton se puso en pie.

—¿Por qué no cuenta todo eso a la policía? —preguntó calmosamente Lemay.

—La policía ya le vigila, pero puede que eso no sea suficiente. Yo llegaré adonde los de la «Sûreté» no lleguen, Lemay. Está advertido. Si intenta algo, lo mataré y luego iré a escupir encima de su tumba.

Y salió.

Lemay quedó un momento perplejo, sin comprender, como si le hubieran abofeteado en pleno rostro y no supiera aún bien de dónde venía el golpe.

Pero al fin se encogió de hombros.

Se bebió la cerveza y salió del café, tras dejar sobre la mesa el importe de las dos consumiciones.

Fue a dormir tranquilamente al departamento que había sido de Ethel. Al fin y al cabo, ¿a dónde podía ir?

Allí estaban, en el departamento, los libros de Ethel, sus discos, las pinturas escogidas que hablaban de un alma refinada y selecta. Allí estaban las esculturas que ella misma modeló con barro cocido. Su Gobierno le había dado una beca en París precisamente por aquello, porque se pensó que podía llegar a ser una gran artista. Sus libros, sus discos, sus esculturas...

Dulce Ethel.

Sumisa, dulce, suave y ensangrentada Ethel...

SIETE

Dulce Ethel.

El sol de la mañana penetraba por el amplio ventanal, derramándose sobre los lomos dorados de los libros, sobre las fundas de los discos y el barro cocido de las esculturas. Aún había polvos de aluminio, detectores de huellas, sobre algunos retratos de la muerta. Dibujado con tiza sobre el suelo, estaba el contorno de su cuerpo tal y como lo encontraron los gendarmes. La sangre, en cambio, había sido limpiada.

Lemay les dirigió sólo una mirada superficial.

Extrajo de uno de los bolsillos de su americana un cuadernillo que había comprado en el *boulevard* de Clichy la noche en que mataron a Ethel. El cuadernillo, de quince hojas, consistía simplemente en treinta fotografías donde treinta señoritas distintas se ajustaban cuidadosamente treinta pares distintos de medias.

Lemay las estuvo mirando cuidadosamente.

Dulce Ethel...

Dejando al fin el cuadernillo sobre una mesita, Lemay entró en el cuarto de baño y se dio una larga ducha fría. Luego abrió el refrigerador, en el que aún había fiambres. Se preparó dos bocadillos y los consumió tranquilamente, entre trago y trago de *whisky* de una botella sacada del mueble-bar. Como si aquello le diera apetito, miró entretanto el dibujo a tiza que señalaba la posición del cuerpo de Ethel cuando quedó acuchillada.

Por una de las ventanas, miró hacia la calle. Abajo, un automóvil aguardaba sin ningún disimulo. Lo único que había hecho el comisario Coline era cambiar el «Citroën 15» por un «Ford Prefect» inglés que parecía un coche funerario.

Lemay sonrió con indiferencia.

Se ajustó la corbata y sus ojos tropezaron entonces con la última escultura terminada por Ethel. Sabía que era la última porque ella

siempre grababa con la uña la fecha en uno de los rebordes, y la fecha que ahora veían sus ojos era la del día en que la mataron. Además ella le había hecho un encargo con relación a aquella figura. Sí, ahora lo recordaba bien. Su última visita a la cárcel. El hombre de Cromagnon... Sí, sí, Ethel le había suplicado que lo hiciera.

Volvió a encogerse de hombros. ¿Y por qué no?

Descolgó el teléfono, marcando el número de un despacho situado en la rue des Dames, en las estribaciones de la colina de Montmartre.

Cuando le respondieron con un «Alló» casi mecánico, Lemay preguntó:

—¿Drancy?

—El mismo. ¿Qué quiere? ¿Quién es?

—Lemay.

Hubo un carraspeo al otro lado de la línea.

—Oiga, Lemay, ya me he enterado por los periódicos de lo que le sucedió a su mujer. No quiero líos. A decir verdad, creí que estaba todavía en la prisión de la Santé.

—He salido hace muy poco. Y ha leído los periódicos mal, amigo. Soy el sospechoso número uno.

—Bueno, basta de charla. Supongo que no me ha llamado para decirme esas tonterías. ¿Qué quiere?

—Mi mujer me dejó un encargo para usted.

—¿Para... mí?

—Mire, Drancy, menos disimulos. Yo no soy más que un guarro, ya lo sé, pero usted es otro. Conozco de sobra sus andanzas. Sé que perseguía a mi mujer mientras yo estaba en la cárcel.

—¿Quiere que le cuelgue en las narices, Lemay?

—Atrévase, nene.

Se oyó un nuevo carraspeo al otro lado del hilo.

—Escuche, Lemay. Su mujer, la pobre Ethel, ya está muerta. Más valdrá que dejemos eso.

—Usted la prefería viva, ¿no?

—¡En el nombre de todos los infiernos! ¡Jamás me he encontrado con una bestia tan puerca como usted, Lemay! ¡Cállese!

—Precisamente porque está muerta ya no valen disimulos, Drancy. Confiese que la perseguía.

—¡Maldito sea el día en que nació, Lemay, condenada rata! ¡La perseguía porque usted mismo me lo consintió! ¡Me dijo un día que me daba carta blanca porque le presté medio millón de francos!

—Mal negocio ha hecho, Drancy. Ahora ella está muerta.

—¡Y usted debería estar muerto cien veces también! ¡Basta de su maldita charla!

—Un momento. No cuelgue.

—Lo haré si suelta una guarrada más.

—Mire, Drancy, si Ethel no estuviera muerta, de ningún modo le habría llamado para oír su afeminada voz. Tengo asco a todo lo que usted significa, Drancy, empezando por su nombre. No sé si recordará que durante la dominación nazi, a los judíos que iban a ser deportados a las cámaras de gas de Polonia, incluidos los niños, se les concentraba en un campo llamado de Drancy. Y usted tiene el nombrecito, amigo, aparte de otras cosas. Me da asco su cara color de aceituna africana, me da asco su barriga y me revientan sus manos cargadas de anillos. ¿No ha pensado que debe hacer daño a las chicas en cuanto las agarre por los brazos? Me cisco en su medio millón de francos, Drancy, pero no le he llamado para eso. Lo que quería decirle es que Ethel, en su última visita a la Santé, me dijo que estaba haciendo una escultura para usted. Un recuerdo.

—Ethel siempre fue una mujer de espíritu. Eso era lo que más admiraba en ella. A veces, por las noches, tenía ganas de lanzar gritos al pensar que estaría en sus cochinos brazos. Pero me alegra lo de la escultura. Eso debe ser una bofetada para usted, Lemay. Si ella está muerta, ¿por qué no se ha tragado la píldora y se ha callado?

Lemay se encogió de hombros como si el otro pudiera verle.

—Precisamente porque está muerta, Drancy. ¿A mí qué me importa lo que haya pensado una mujer que ya está embalsamada y camino de los Estados Unidos? En fin, la escultura que le ha dedicado es una de las mejores. Se trata de una imagen del hombre primitivo, del prehistórico hombre de Cromagnon. Dentro de unos años, si la vendiese, me darían por ella un buen puñado de francos, pero ahora dudo que valga una botella de ginebra. De modo, que se la envío.

—¿Se lo pidió ella?

—Ya se lo he dicho: La última vez que me visitó en la Santé me

dijo que la estaba haciendo para usted. Fue como un escupitajo a la cara, pero yo me lo tragué.

—Está bien, Lemay. Envíe esa escultura. O, mejor aún, enviaré a buscarla a uno de mis empleados.

—¿Empleados? ¿Es que llama empleados a sus vendedores de drogas, Drancy? No me haga reír porque luego me duelen los riñones. A lo mejor los tiene dados de alta en los seguros sociales y todo.

—¡Cállese!

—Envíeme un gorila amaestrado antes de media hora. No quiero estarme toda la mañana aquí habiendo tantos bares abiertos.

Drancy colgó.

Lemay hizo un gesto de hastío y colgó también. La escultura —efectivamente una de las mejores—, estaba a unos pasos de él. La tomó en sus manos y la miró por todos lados, terminando por encogerse de hombros otra vez. A la porra quien le gustase perder el tiempo mirando y coleccionando todo aquello. Tomó la escultura, la envolvió bien y encendió un cigarrillo.

Apenas lo había consumido cuando alguien llamó a la puerta. Abrió. Un tipo muy de película americana, alto y delgado, con camisa negra y corbata blanca, se apoyó en una de las jambas.

—Hoja, Lemay.

—Maldita sea tu estampa, Nico.

—Estás de muy buen humor esta mañana. Seguro que alguna chica te ha dado en las narices con un tacón del siete.

—Tú no corres ese peligro porque tus chicas sólo pueden llevar alpargatas. ¿Vienes a recoger lo de Drancy?

—Si me lo das...

Lemay le largó la escultura.

—Andando.

—En cuanto Drancy sepa que es de Ethel se la va a poner en la mesita de noche.

—¡Andando he dicho!

—No te enfades, hombre, no te enfades, que seguramente Drancy ha hecho cosas peores con ella. ¡Abur!

Logró esquivar el zarpazo que le enviaba Lemay y pudo cerrar la puerta. Unos instantes después se largaba en el coche que le había traído hasta allí, un «Florida» aparcado inmediatamente detrás del

«Ford» del comisario Coline.

Un cuarto de hora más tarde salió Lemay. Como hacía buena mañana, no llevaba su gabardina sucia.

Coline bajó del automóvil aparcado en compañía de un agente. Dos más quedaron en el «Ford».

—Seguidle —ordenó—. Yo voy a registrar el departamento.

—Pero, jefe... —protestó el que iba con él—. La orden judicial...

—¡Al cuerno los jueces! ¿Crees tú que un puerco, una babosa como Lemay va a presentarnos una demanda?

Subieron. En el piso todo estaba bastante desordenado. Coline vio enseguida el cuadernillo abandonado por Lemay, aquel cuadernillo de quince hojas con treinta fotografías donde treinta señoritas distintas se ajustaban treinta pares diferentes de medias.

Las facciones del policía se tensaron.

—¡Maldito marrano! —farfulló—. ¡Y el cadáver embalsamado de su mujer todavía no ha tenido tiempo ni de llegar a los Estados Unidos!

Su ayudante vio el cuadernillo también y pegó rabiosamente un puntapié a una mesa.

Dulce Ethel. Dulce y ensangrentada Ethel.

La escultura estaba allí, realizada con mano maestra, sobre la mesa de caoba de Drancy. Era perfecta dentro de su fealdad, era un ejemplar tan detallado que lo mismo hubiera exhibirse en un museo de Historia Natural que en unas galerías de arte. Y había sido acabado por sus manos, por sus dulces y delicadas manos.

Drancy la acarició con deleite.

Imaginaba a Ethel trabajando la escultura, imaginaba su rostro sereno, sus ojos nobles y limpios incapaces de concebir el mal.

Drancy puso la escultura muy cerca de él, en el costado derecho de su mesa de trabajo.

Sólo en aquel despacho al que apenas tenía acceso nadie, bien abrigado por las paredes de corcho a prueba de ruidos, Drancy se hundió en el examen de unas complicadísimas relaciones de cuentas. Siete establecimientos de bebidas en París, uno en Orleáns, cuatro en Argel... Demasiado trabajo para un hombre que gusta de llevar personalmente sus cuentas y sus negocios. Drancy no pudo abismarse en las cifras esta mañana.

Constantemente su pensamiento iba hacia Ethel, hacia la muerta

Ethel, una de las mujeres más dulces y más puras que había conocido en toda su existencia.

Miró la escultura otra vez. La tocó.

Densa y maciza, como correspondía a una pieza bien acabada. El último recuerdo de una mujer ya muerta.

Ethel...

Sus labios parecieron acariciar aquel nombre. Dijo apenas con un soplo de voz:

—Dulce Ethel...

Fue entonces cuando la explosión le partió en cien pedazos la cara.

La estatua representando al hombre de Cromagnon explotó al accionarse el complicado aparato de relojería que llevaba en sus entrañas. La carga de T.N.T., convirtió en pedazos a Drancy y esparció su sangre por todas las paredes del despacho.

Sólo sus manos quedaron intactas. Sus manos sujetando aún unos pedazos de la estatua.

OCHO

El comisario Coline dejó nerviosamente su cigarrillo sobre el cristal de la mesa llena de papeles.

El ambiente del despacho era ajetreado y lleno de agitación. Constantemente entraban agentes con nuevos partes. Los atentados del F.L.N., y la O.A.S., aumentaban por horas en toda la Francia metropolitana, pero principalmente en París, como si la más bella capital de Europa se hubiera transformado en un sangriento pedazo de Argelia.



*Parecia por un momento como si estuvieran lejos de
aquel sombrío Paris, lejos del mundo...*

4 • REGALO

Pero al comisario Coline no le preocupaba nada de aquello. Su imaginación estaba absorta por el caso de Raymond Lemay.

El asesinato brutal de aquella mujercita a la que Lemay tanto había hecho sufrir, le llenaba de indignación. Ansiaba estar bien cerca de la guillotina cuando decapitaran al culpable.

No poseer una base legal para detener a Lemay le sacaba de sus casillas. Esperaba verle cometer algún fallo, la más mínima imprudencia, para hacerle volver esposado a los calabozos de la Santé. Coline estaba seguro de que sólo con tenerlo veinticuatro horas en su poder le haría cantar todo lo que sabía.

Pero por el momento eso no era posible.

Y a Coline sólo le faltaba masticarse sus propias uñas.

Por eso no demostró demasiada atención al gendarme que vino con la noticia de la explosión de una bomba.

—¿Otra? —Se limitó a gruñir.

—Sí, pero esta vez no parecen haber sido ni los argelinos ni los del O.A.S.

—¿El cacharro no era de plástico?

—No. La bomba estaba dentro de una figura de barro.

—¿Y cómo la han hecho explotar?

—El mecanismo debía ser de relojería, pero muy fino, de modo que no producía el menor sonido. Claro que el barro cocido también lo hubiera ahogado. Hemos encontrado parte del mecanismo de percusión, y el trasto estaba funcionando desde hacía varios días.

Coline tomó de nuevo el cigarrillo y se lo puso en los labios, que temblaban.

—¿Dónde ha sido eso?

—En la rue des Dames.

—¿Quién examina el mecanismo de percusión?

—Kutler.

—¡Hum! Es nuestro mejor técnico. ¡Hay informe!

—Sólo lo que le digo: Que el cacharro venía funcionando desde varios días antes. Por lo visto el mecanismo tenía cuerda para muchas horas, al terminarse las cuales se cerraba automáticamente el circuito y se producía la explosión. Todo ha sucedido cuando el pájaro al que iba destinada la tenía entre las manos.

—¿Cuántos muertos?

—Uno. Estaba solo en el despacho.

—¿Quién era?

—Drancy.

Coline pareció prestar un principio de atención, ya que hasta aquel momento no había mirado al agente.

—Ese tipo era un marrano.

—Por supuesto, señor —dijo el gendarme respetuosamente.

—Debe ser un ajuste de cuentas entre miembros de dos cuadrillas —decidió Coline—. París se ha puesto muy divertido últimamente. ¿Nada más, agente?

—Nada más, señor, excepto que el cadáver ha sido transportado al Hotel Dieu para la autopsia. Tendremos el informe completo mañana.

El agente iba a retirarse cuando Coline le hizo una seña.

—Oiga, otra cosa.

—Diga, señor.

—Vaya a ver a Junot en mi nombre y encárguele de este asunto. Dígale que, luego concretaremos, pero que por el momento debe averiguar quién remitió la figura de barro cocido. Si llegó por correo, si la llevó alguien... ¡lo que sea! Eso es todo.

El gendarme saludó y salió del despacho.

Un minuto después, el comisario había olvidado todo lo referente a aquella bomba para concentrar nuevamente sus pensamientos en el asunto de Lemay.

Miró a su ayudante.

—¿Ha llegado ya el oficio que solicitamos a la prisión de la Santé?

—Sí, señor, éste es. Dicen que, efectivamente, Lemay obtuvo permiso excepcionalmente la noche antes de su puesta en libertad, debido a que era absolutamente preciso desalojar unas celdas a causa de un motín. Aseguran que la situación era excepcional y nos confirman las horas en que ese pájaro estuvo fuera. Tuvo tiempo sobrado para cometer el crimen.

Coline reflexionó velozmente.

—Una eso al atestado. Es posible que el juez se convenza al fin y ordene su detención. ¿Algo más?

—Hemos seguido sus pasos minuto a minuto, pero no ha cometido ninguna imprudencia.

—¿Enlaces?

—Ninguno. No se ha detenido siquiera en la parada de un autobús ni ha hablado con nadie. En todas partes ha estado solo.

—¿Tiendas?

—Sólo ha comprado tabaco, pero conocemos al que se lo vendió. No puedo ser un enlace de Lemay.

—¿Dinero?

El comisario Coline iba comprobando uno a uno todos los cabos sueltos que podía dejar un asesino, a fin de cerrar en torno a él un anillo que le condujese a la guillotina.

Su ayudante hizo un gesto de desesperanza.

—Nada por ahí. Hasta ahora ha gastado bastante, sobre todo en diversiones, pero el total no alcanza a la suma que sacó de la prisión. Él trabajaba en las oficinas y tenía un sueldo. Además su mujer le entregaba dinero todas las semanas.

—Eso es lo que hace más repulsivo a ese puerco —gruñó Coline—. ¿Qué hay de mujeres?

—Ha visto de lejos a muchas, pero sin enredarse con ninguna.

—¿El teléfono?

—Intervenido, pero asegura el de control que no ha habido hasta el momento nada de interés.

—¿Quién está en el control?

—Damian.

—Damian es medio idiota. Todo lo que no sea oír confesar a Lemay que él es el asesino, le parecerá poco importante. Que entregue enseguida la copia de las últimas conversaciones.

—Me pondré en contacto con él.

Coline se quemó con el cigarrillo al intentar retirarlo de sus labios. Se había consumido ya casi enteramente.

—¿Hay algo más? —preguntó Coline dando un rápido vistazo a los papeles—. ¿Y los micrófonos?

—No han sido retirados aún.

—Hay que hacerlo antes de la noche. Mañana me interesa entregar al juez de guardia todo lo que haya sobre este asunto. Iré a verle yo personalmente porque no quiero dejar ningún resquicio. ¡Ese marrano de Lemay tiene que acabar en la guillotina!

—Yo también deseo lo mismo —dijo el ayudante—, pero no tenemos ninguna prueba con fuerza legal. Lo del niño no puede ser admitido como testimonio. La Ley lo prohíbe.

—¡Y prohíbe también que apiolemos a ese tipo hasta que hable! ¡La Ley prohíbe todo lo que nos hace falta!

—Si tuviéramos una prueba... —susurró el ayudante—. Algo que de verdad envolviera a Lemay...

En ese momento tuvieron la prueba. Fue mucho antes de lo que

se hubieran atrevido a esperar los dos.

El gendarme que había venido antes con la noticia de la bomba, regresó muy excitado.

—Ya sabemos quién ha enviado la bomba a la rue des Dames, señor. Me refiero a la que iba dentro de una escultura.

—¿Quién? —preguntó Coline aburridamente.

—Raymond Lemay.

—¿LEMAY?...

—Sí, señor. Está comprobado por el mismo que la trajo.

Coline lanzó un bufido. Saltó inmediatamente hacia uno de los teléfonos que había sobre su mesa.

—¡Necesito comunicación con el coche patrulla que se encarga de Lemay! —aulló—. ¡Hay que detenerle! ¡Tenemos una prueba contra él! ¡Pronto! ¡Comuníquelo enseguida!

El mensaje de respuesta tardó apenas dos minutos en llegar. Una voz impersonal contestó al otro lado del hilo:

—Comunicados con coche patrulla, señor. Lemay ha entrado hace media hora en el «Teatro Odeon», donde celebran ensayo general. Persia Laforet también está allí.

Coline quedó mortalmente pálido.

—Persia Laforet... —farfulló—. Ensayo general... Con el escenario a oscuras... ¡Y Lemay está allí!

Dio un salto de costado, como si acabara de ver una serpiente a su izquierda. Ni tan siquiera colgó el teléfono.

—¡Vamos! —aulló fuera de sí—. ¡No hay un segundo que perder! ¡Vamos!...

NUEVE

El escenario estaba completamente a oscuras, y sólo una luz lejana, procedente de la sala, permitía ver los relieves de los actores. En la obra, cuando se representase con público, todo tenía que suceder precisamente así. El ambiente del escenario tenía que ser espectral, iluminado sólo como por una lejana luz de ultratumba.

La obra se titulaba precisamente «Muerte en la escena».

Los actores eran dos, y permanecían quietos, como abrumados, ante una mesa. Tras ellos había un ataúd con un cuerpo yacente. El cuerpo de una mujer joven y bonita que había sido asesinada. De pronto una lejana luz iluminaba un rostro que iba avanzando poco a poco por la sala. Era el rostro de la muerta. Los dos hombres permanecían sumidos en un silencio espectral, mudos de terror y asombro.

A continuación tenía que caer el telón para el final del segundo acto.

El director de escena lo tenía ya todo preparado. Los dos actores se habían situado en sus puestos.

Se volvió e hizo una seña a la mujer que tenía que intervenir a continuación, avanzando poco a poco por la escena y maquillada con el rostro de la muerta.

Esa mujer era Persia Laforet.

Estaba quieta, muy rígida en su silla de ruedas, mirando obstinadamente delante suyo.

El director preguntó:

—¿Nerviosa?

Persia sonrió levemente, alzando el rostro hacia él.

—¿Nerviosa? No. ¿Por qué había de estarlo?

—Es un papel difícil. Lo último que verá el público al final del segundo acto será su rostro. De su expresión depende que la obra

quede en un punto dramático o se hunda en el ridículo. ¡Y no hablemos de la voz! Dé usted una entonación falsa y la sensación de pesadilla se evaporará como el humo.

Persia volvió a mirar al frente.

—Eso no me da miedo. ¡Oh, no, eso no! Lo único que temo es que se note que voy en un sillón de ruedas.

—Pues olvídelo —sonrió el director de escena—. Lo del sillón de ruedas es un factor favorable para usted, Persia. Sólo se le verá la cabeza, y si anduviese, esa cabeza siempre oscilaría un poco, por muy rígida que quisiera mantenerla. En cambio, yendo sobre ruedas, la sensación fantasmal será completa. No piense más en ello.

Persia volvió a sonreír.

—¿Cree que es posible no pensar en esta silla?

—Pero creo que va a operarse pronto, ¿no?

—Dentro de muy pocos días. Tengo grandes esperanzas.

—Esté segura de que todo saldrá bien —dijo el director de escena.

Lamentaba que la penumbra no le permitiera ver a Persia, pues a pesar de su forzosa inmovilidad la chica tenía una figura como para caer de espaldas en mitad del escenario.

Consultó su reloj.

—Faltan treinta segundos para su entrada... Ahora... Cuando empiece a sonar la música.

Un disco empezó a desgranar entre bastidores una amarga y extraña melodía de Debussy.

—Ahora.

Persia salió lentamente.

Iba maquillada como una mujer joven y bonita, pero que lleva impreso en su rostro el signo indeleble de la muerte.

El director de escena se volvió para contemplar el cuadro desde otro punto de vista. Fue entonces cuando estuvo a punto de tropezar con un hombre que aguardaba entre bastidores.

—Perdone, *monsieur* Serrat.

—Yo no soy *monsieur* Serrat.

—Pero...

El director de escena quedó atónito.

Así, en la penumbra, la semejanza era exacta. *Monsieur* Serrat,

el propietario del teatro, y aquel otro individuo, se parecían extraordinariamente. No en su cara, que resultaba distinta a la luz, sino en su aspecto, en su silueta. Confundirles era facilísimo.

El director balbució:

—Perdone. ¡Así, en la penumbra, resultan tan parecidos! *Monsieur* Serrat es el propietario del teatro. ¿Y usted quién es? ¿Qué hace aquí?

—Me llamo Lemay.

El nombre dijo algo al director, pero en aquel momento no pudo precisar bien sus recuerdos.

—Lemay, Lemay, ¿y qué hace usted aquí?

—Viendo el ensayo.

Lemay no dijo nada más. Dio media vuelta y se perdió en las tinieblas que rodeaban los bastidores.

El director tuvo que prestar atención a la escena.

Abajo, en el patio de butacas, se oía la voz indignada del autor:

—Pero ¿dónde se ha metido Serrat? ¡Contratar esos dos actores fue idea suya! —Se refería a los dos que habían de estar quietos cerca del ataúd—. ¡La artista actúa muy bien, pero ustedes se vuelven antes de tiempo y no ponen cara de nada, como si estuviesen esperando lo que va a suceder! ¡El público se va a mondar de risa!

El director se asomó al borde del escenario.

—¿Qué le parece? ¿Repetimos?

—¡Hombre! ¿Y usted qué cree? Es nada menos que un ensayo general. ¿Vamos a dejar las cosas así?

El director se encogió de hombros.

—Venga, a repetir...

Pero no dijo más porque él mismo se sentía culpable. A causa de aquel extraño tipo llamado Lemay no había podido prestar ninguna atención a la escena.

¡Diablos, y qué ojos tenía aquel tipo!

Eran ojos de asesino que acaba de visitar a su víctima en la tumba. Ojos de vampiro. Para actor, en determinados momentos, un tipo como aquél no tendría precio.

Hizo un signo a Persia.

—Tendremos que repetir, muchacha. ¿Le importa?

—Claro que no. Para eso estoy aquí.

—No ha sido culpa suya. Su papel ha salido bien. Tiene que hacer exactamente lo mismo.

—Lo intentaré.

A todo esto, y como era natural, las luces del escenario seguían apagadas en su totalidad.

Sólo un resplandor muy lejano llegaba desde la misma sala. ¡Y aquel resplandor tenía que alumbrar precisamente a la misma Persia Laforet!

El director gruñó:

—¿Dónde se habrá metido Serrat? Yo juraría que estaba aquí hace diez minutos...

Mientras tanto, Lemay se había situado en un punto encima de los bastidores, sobre una escalerilla de metal que sabía nadie iba a emplear en aquellos momentos.

Tenía el plano del teatro tan metido en la cabeza que hubiera sido capaz de dibujarlo de memoria.

Oyó que el director decía abajo:

—¡Vamos! Ustedes dos un poco más de realismo. ¡No es tan difícil!... ¡Y por el amor de Dios, no levanten la cabeza antes de tiempo!

Los dos actores se prepararon.

Y luego la voz:

—Atención, señorita Laforet. En cuanto suene la música.

Transcurrieron unos segundos, y la melodía de Debussy volvía a arrastrarse como un reptil entre las sombras.

Persia empezó a avanzar.

Se movía lentamente, seguida por la luz, igual que un verdadero espectro salido de su tumba.

Lemay extrajo una pistola de cañón largo y le aplicó el tubo silenciador. Echó la corredera atrás y soltó el seguro de aleta. Todo esto le ocupó apenas quince segundos.

La pistola estaba cargada con proyectiles del nueve. A aquella distancia, volar con uno de ellos la cabeza de Persia sería un juego de niños.

Apuntó.

No buscó la cabeza, sino la confluencia del foco y la luz de la sala. La cabeza de Persia tenía que pasar precisamente por allí. Era como un tiro al blanco con todas las posibilidades de acertar. Ni el

pulso de Lemay ni el cañón extra-largo de la pistola permitirían un fallo.

Cinco segundos, seis, siete...

La mano derecha de Lemay estaba tan quieta como si la hubieran fundido en bronce.

¡Ahora!

La cabeza de Persia Laforet había llegado a la confluencia de las dos luces.

Y en aquel momento pareció hundirse la sala. Pasos precipitados y gritos se oyeron junto a la puerta. El comisario Coline, seguido por cinco de sus gorilas, aullaba:

—¡Pronto! ¡Enciendan todas las luces! ¡Quieto todo el mundo en su sitio! ¡Quietooooo!...

Lemay lanzó una maldición.

Tenía que darse prisa, porque para llenar el escenario de luz sólo era necesario bajar una palanca. Saltó de las escaleras al suelo y saltó por una de las ventanas de la parte posterior del teatro, rompiendo los cristales con estrépito.

El comisario Coline envió sus gorilas hacia allí.

Los cinco pasaron junto a Persia sin darse cuenta de que la muchacha estaba llorando.

DIEZ

Persia Laforet hizo llegar la silla de ruedas hasta la mesa de despacho donde tenía sus apuntes y donde aprendía cuidadosamente los papeles a interpretar.

Aunque ya conocía perfectamente su papel en «Muerte en la escena», quería hacer aún un último repaso para dar a su interpretación mayor realce. Pocas actrices había en el teatro francés que pusieran en sus papeles tanto entusiasmo y tanto interés como Persia.

A su espalda tenía unas grandes cortinas rojas que cubrían enteramente la ventana, tras la cual palpitaba la noche de París.

Hacía veinticuatro horas que estuvo a punto de ser asesinada. Esta noche iba a celebrarse el estreno de «Muerte en la escena». El teatro estaría lleno de policía.

La muchacha tomó una carta que estaba sobre la mesa, y en la que su médico le decía que estaría en situación de operarla quince días más tarde. Persia pensó que tendría que aplazarse la intervención si la obra, como era de esperar, duraba más tiempo en el escenario del «Odeon».

Sobre la mesa también había un periódico.

Persia hizo lo imposible por no leerlo y por fijar su atención exclusivamente en los apuntes de la obra. Pero no pudo. Los titulares del periódico llamaban la atención de sus ojos como si fueran una mancha de sangre.

ACCIDENTADA PERSECUCIÓN POR LAS CALLES DE
PARIS. RAYMOND LEMAY, EL ASESINO DE SU
ESPOSA, LOGRA ESCAPAR DE LA POLICÍA.
EXCEPCIONALES MEDIDAS DE PRECAUCIÓN EN
TORNO AL ESTRENO DE «MUERTE EN LA ESCENA».

Persia hizo un gesto amargo. Raymond Lemay había intentado matarla... Raymond Lemay había logrado escapar y estaba libre aún...

No se dio cuenta de que las cortinas, tras ella, empezaban a moverse.

Alguien que había estado acechando junto a la ventana empezaba a dar señales de vida. Las cortinas se separaron lo suficiente para que un ojo inyectado en sangre mirara a través de ellas.

Pero la muchacha no lo notó.

Sus manos fueron hacia los apuntes y los tomaron. Repasó su papel. Era corto pero intenso. Necesitaba poner su atención, sobre todo, en las primeras frases.

Mientras sus manos se movían, otras manos se movieron también detrás de la cortina.

Eran largas, fuertes y cuidadas, pero había en ellas un detalle siniestro: estaban armadas con uñas de metal sujetas a las uñas verdaderas.

Cuando aquellas manos cayesen sobre el cuello de Persia, daría la sensación de que la muchacha había sido atacada por la zarpa de un tigre.

Pero ella no lo advirtió.

Sumida en sus reflexiones, no se dio cuenta de que tenía la muerte a dos centímetros de su nuca.

Las manos avanzaron un poco más, las diabólicas uñas la rozaron casi...

En aquel instante sonó el teléfono que había encima de la mesa.

Las satánicas manos fueron a lanzar su golpe, pero la muchacha había descolgado ya el auricular. A partir de ese momento, desde el otro lado del cable oirían su grito de agonía.

Las manos se retiraron poco a poco, con una crispación. Su movimiento ondulante pareció el del tentáculo de un pulpo que va retrocediendo poco a poco.

Persia susurró:

—Diga...

—Soy el comisario Coline.

—Buenas noches, comisario.

—¿Está usted sola en su departamento?

—Sí.

Persia contestó sin vacilaciones. Sabía que no era una trampa. Acababa de reconocer la voz del comisario Coline.

—¿Ha registrado las habitaciones?

—¿Qué tengo que registrar, comisario? Esto es pequeño.

—Las ventanas. ¿Sabe usted por dónde entró Lemay anoche en el teatro?

—No... No puedo imaginarlo.

—Logró penetrar por una ventana y huir por otra. Es ágil como un mono. Si se ha empeñado en entrar en su apartamento, entrará.

Persia miró por primera vez, con recelo, las gruesas cortinas rojas que había a su espalda.

—Comisario...

—Diga, Persia.

—Por primera vez siento miedo. ¿No ha colocado usted hombres en el departamento de Lemay?

—En el departamento de su víctima —corrigió Coline. Y enseguida añadió—: No tema, hemos puesto agentes bien armados. Si Lemay se acerca por allí caerá en la trampa. Pero no creo que sea tan estúpido como para hacerlo. Más bien pienso que puede intentar eliminar un testigo molesto penetrando por alguna de sus ventanas.

—Nunca les entenderé —susurró Persia—. No, comisario, nunca les entenderé a ustedes. Si Lemay me mata, demostrará con ello a todos que es culpable. En realidad lo ha estado demostrando ya. ¿Para qué quiere cometer un crimen que no haría más que sepultarle más aún?

—Es usted la que no entiende a la Justicia francesa, señorita Laforet. En realidad, Lemay, al matarla, se lo jugaría el todo por el todo. Podría ir a la guillotina si le atrapásemos, pero también podría salvarse para siempre, si lograra matarla sin dejar huellas. Usted es el único testigo a quien puede temer. Si comparece ante un Tribunal y dice: «Ése es el hombre a quien vi aquella noche», Lemay irá a la guillotina. En cambio, si la mata y no hay pruebas que le acusen de ese crimen, tampoco podrá acusársele legalmente del primero. Existirá la certidumbre moral, eso sí, pero por certidumbres morales no se envía a nadie a la cita con el verdugo.

Persia palideció un instante.

—¿Quiere eso decir que sigo estando en peligro?

—¿Es posible que dude aún, criatura? ¿No tuvo bastante con lo del ensayo general? Era Lemay y llevaba un silenciador. Uno de los porteros consiguió verle. En cuanto usted hubiese llegado al cruce de las dos luces, le habría volado la cabeza.

—¿Y... no han conseguido detenerle aún?

—Desgraciadamente no. Mis hombres están patrullando todo París, pero ese tipo es un zorro. No olvide que estuvo en Argelia y que vivió en la «Kasbah». Sabe colarse por las ventanas y saltar a través de los tejados igual que un puma. La he llamado para que esté bien advertida. Al mismo tiempo quería tranquilizarme, al ver que no le ha sucedido nada.

—Nada. Gracias...

La muchacha había contestado apenas con un soplo de voz.

—Voy a enviar dos hombres a su piso —dijo Coline desde el otro lado del hilo—. ¿Podrá trabajar aunque estén ellos? Procuraré que no la molesten en lo más mínimo. ¡Ah! Y al mismo tiempo la acompañarán al teatro.

—Puede enviarlos. Gracias.

Y Coline iba a colgar cuando Persia susurró:

—Comisario...

—Dígame.

—Tengo mis dudas. Una horrible duda, comisario. ¿Cree que si estuviera segura de que aquel hombre era Lemay no lo habría dicho ya?

—Usted «sabe» que era Lemay —dijo acremente el comisario.

—Repito que si estuviese segura lo habría dicho.

—Usted lo sabe, pero no quiere enviar a la guillotina a un hombre como él. Ese cerdo siempre ha tenido la suerte de agradar a las mujeres. Estoy seguro de que la pobre Ethel aún le dirigió una sonrisa cuando él la degollaba. Pero ya se convencerá, muchacha. Cuando haya reflexionado, me dirá todo lo que sepa.

—He estado reflexionando. No crea que es todo tan sencillo, comisario. Son varios los hombres que se parecen a la silueta que vi aquella noche. Lemay, desde luego. Algún otro hombre que conozco. Y también alguien a quien vi en el teatro ayer.

—¿Quién?

—El propietario del teatro, que es también socio de la compañía:

Michel Serrat.

La voz de Coline sonó imperturbable al otro lado del hilo.

—He pensado ya en esa posibilidad, porque Serrat desapareció precisamente ayer en un momento muy crítico. Para mayor seguridad, a pesar de saber que Lemay era el culpable, le he estado interrogando, pero tiene una coartada. Además, Serrat es una persona perfectamente honorable. No piense más en él.

—De acuerdo, comisario. Procuraré olvidarlo.

—Y esté prevenida. Dentro de un par de minutos llegan los agentes. Daré la orden por radio a un coche patrulla que está casi en su puerta.

Persia colgó el teléfono lentamente.

Detrás de las cortinas rojas se produjo un súbito movimiento. ¡El teléfono había sido colgado, y ya nadie oiría el grito de angustia de la muchacha! ¡Dos minutos eran tiempo más que suficiente para matar! Las manos parecidas a garras volvieron a surgir.

Pero Persia dio un rápido giro a su silla de ruedas y se alejó velozmente de las cortinas. Tenía un dominio tal de sus movimientos, que la silla se desplazaba por la habitación con la velocidad de un pequeño automóvil. Pero la muchacha no pudo sospechar nunca lo cerca que había estado de la muerte.

Fue hacia la puerta y la abrió. El ascensor subía; se oían los crujidos del viejo andamiaje metálico, propio de las antiguas casas de París. Desde detrás de la cortina, el hombre de las uñas de acero debió pensar que los agentes anunciados —la voz de Coline había sonado con mucha fuerza—, ya estaban allí.

La pistola con silenciador que tenía preparada asomó por la cortina, pero no se atrevió a usarla. Los agentes que estaban a punto de llegar podrían cortarle la retirada.

La ventana que había tras las cortinas se abrió silenciosamente, y una figura salió por ella, deslizándose sigilosamente por la alta cornisa del edificio.

El ascensor no se detuvo en el piso de Persia Laforet, sino que fue al piso superior.

La muchacha lo miró con los ojos turbios.

Tampoco pudo sospechar jamás que aquel ascensor, que ni siquiera se había detenido allí, le acababa de salvar la vida.

Al final del pasillo, junto a las escaleras, había una ventana de

guillotina, la cual fue alzada silenciosamente.

Lemay entró por ella.

No vestía gabardina, sino un traje oscuro ligeramente manchado por el polvo. Sus facciones estaban impasibles como las de una esfinge.

Llegó ante la puerta de Persia Laforet, la cual se hallaba detenida en el umbral, con las manos descansando sobre las ruedas de su silla.

Lemay dijo con la mayor tranquilidad:

—¿Esperando al novio?

Persia abrió la boca, y de su garganta no escapó el menor sonido. Sus ojos extraviados miraron al hombre. Vio sus grandes y poderosas manos, su extraña sonrisa, sus quietos ojos que habían de ser los de un asesino.

—¿Usted... aquí?

—He venido a saludarla. Me era imposible pasar tanto tiempo sin verla. ¿No me cree?

—¿Por dónde ha llegado?

—Por esa ventana, naturalmente. Me gusta entrar por los sitios difíciles, ¿sabe?

Ella recordó instantáneamente las palabras de Coline. Se dio cuenta de que, en efecto, Lemay era como un tigre. Y si sus zarpas caían sobre ella, nadie podría salvarla.

Pero en aquel momento el ascensor, que había descendido, empezó a subir otra vez.

Se oía hablar, a través de la caja, a dos hombres. Ahora sí que eran, sin duda, los dos gendarmes enviados por el comisario Coline.

Lemay entró en el apartamento, ahogando con su mano izquierda el grito que iba a lanzar la muchacha.

ONCE

El ascensor se detuvo ante la puerta. Lemay había entornado la del departamento de Persia, de modo que los gendarmes no pudieran ver lo que pasaba en el interior.

Sabía que eran ellos.

Persia se debatió, pero la mano de hierro que la sujetaba no aflojó la presión un solo instante.

—Cuidado —bisbiseó Lemay—. Los gendarmes van a llegar. Dígales, sin abrir la puerta del todo, que está bien y que aguarden fuera. Dígaselo o la mataré, Persia.

La presión de la mano se aflojó. Se oyó la puerta del ascensor cerrándose estrepitosamente.

—Me matará de todos modos —dijo Persia con un soplo de voz, después de inhalar aire profundamente—. ¿Qué más da ahora que después? No pienso obedecerle.

—Si haces lo que yo digo tienes una posibilidad de sobrevivir —musitó él, tuteándola—. De lo contrario te mataré. Tengo una pistola con silenciador en el bolsillo; la misma que llevaba en el teatro, recuérdalo. Si dices una palabra de más o de menos, apretaré el gatillo. A esta distancia me es imposible fallar.

La muchacha apretó los labios con salvaje fuerza, hasta hacerse daño en ellos.

Lemay había hablado con voz tensa, con una decisión implacable en sus ojos. Parecía un tigre a punto de saltar sobre su víctima. Persia Laforet supo que cumpliría su amenaza.

En cambio, haciendo lo que él le pedía aún tendría una posibilidad de sobrevivir. Al fin y al cabo, los gendarmes no iban a alejarse más allá de la puerta.

Se oyeron pasos.

—¿Señorita Laforet? —preguntó uno de los recién venidos con fuerte acento provenzal.

Ella abrió un poco la puerta. Lemay quedó detrás, parcialmente cubierto por la hoja de madera.

—Soy yo —susurró Persia.

—Nos envía el comisario Coline.

—Los esperaba.

Eran dos tipos que debían proceder de las filas del boxeo. Altos, gruesos, achaparrados, con puños como mazas y las narices partidas. Persia pensó que el comisario Coline había enviado un buen par de gorilas a protegerla. Muy pocos años antes, cualquiera de ellos pudo imponer el terror en un *ring*. Ahora podrían imponerlo en aquella habitación si hiciera falta.

Pero Lemay tenía un silenciador. «No —se dijo Persia rápidamente—. No puedo arriesgarme».

El más alto de los dos gendarmes preguntó:

—¿Nos necesita?

—Gracias. Hasta ahora no ha ocurrido nada.

—Podemos estar fuera o en el interior, como usted desee.

Persia titubeó un momento. Pero el otro gendarme resolvió la dificultad dando un codazo a su compañero.

—Déjala... A lo mejor está trabajando. ¿Qué vamos a hacer nosotros aquí, pichón?

Persia dijo casi sin voz:

—Como quieran...

Uno de los gendarmes fue quien cerró la puerta. Ésta giró lentamente, como gira lentamente sobre sus goznes la puerta de un panteón.

Persia vio a Raymond Lemay.

Ésta había sacado el silenciador, y la miraba fijamente. En sus pupilas había algo tan extraño, tan incomprensible, que la muchacha tuvo que cerrar los ojos.

«Ahora va a matarme —pensó—. Con el silenciador, esos dos de ahí fuera ni tan siquiera se darán cuenta».

Pero, incomprensiblemente, Lemay guardó su pistola poco a poco.

—¿Por qué no me matas? —musitó Persia Laforet—. ¿Por qué no terminas ahora tranquilamente lo que no pudiste terminar en el teatro?

—Reconozco que es cierto que en el teatro intenté matarte —

susurró él, de modo que su voz no se oyera desde el otro lado de la puerta—. Pero esta noche es distinto.

—¿Por qué ha de ser distinto?

—Tú nunca me comprenderás.

—Repito: ¿por qué esta noche es todo distinto?

—Acabo de ver a mi hijo.

Persia Laforet alzó los ojos. Envolvió en ellos el rostro enigmático del hombre, sus hombros cuadrados de atleta, sus grandes manos de asesino.

Se sintió estremecer.

—¿Cómo has podido verlo?

—Me ha sido difícil, pero no podía pasar más tiempo sin hablarle al menos una vez. Sólo he conseguido verlo, pero ha sido bastante. Lo tienen en un internado, ¿sabes? Una especie de correccional rodeado por una gran tapia. He podido verle solo un instante mientras él jugaba. No sé lo que daría por conseguir sacarlo de allí.

Persia lo miró sorprendida.

—Ignoraba que fueses también un ser humano.

—Sólo a veces —musitó él con una sonrisa helada, que tuvo la virtud de volver las cosas a su antigua situación.

—No podrás sacar a tu hijo de allí mientras no te entregues a la policía.

—No me entregaré nunca.

—¿Sabes que te buscan por todo París?

—¿Crees, que soy tan tonto como para no darme cuenta?

Ella se retorció las manos desesperadamente.

—¡Estás confesando que fuiste tú el hombre de aquella noche! ¡No te atreviste a matar a tu propio hijo! ¡Él es la única persona en el mundo a la que aún quieres un poco!

Él no se inmutó.

—¿Quieres que lo confiese aquí? Sería estúpido. Los polizontes deben haber instalado ya algún micrófono mientras estabas fuera.

—¡Pero no hace falta que lo confieses con palabras! ¡Es igual ya! ¡Lo has confesado con actos!

—No te excites, muchacha. Nos pueden oír.

—Y si nos oyen apretarás el gatillo. ¿No es eso lo que quieres decir?

Él se encogió de hombros.

—De pronto he recordado a mi hijo —susurró—. Ha sido una cosa repentina, casi sin sentido. Lo he recordado cuando jugaba junto a la alta tapia, y de pronto me he sentido incapaz de apretar el gatillo. Por eso voy a darte una última oportunidad, muchacha.

—Es curioso. El gato dando una oportunidad al ratón antes de comérselo.

—El gato no come si el ratón huye a tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie mata sin absoluta necesidad; creo que te he dicho ya eso. Puedo fallar como he fallado ya, y los riesgos empiezan a ser demasiado grandes. No, no sonrías... Aunque esta conversación quede recogida en cinta por algún micrófono que los policías habrán puesto, a mí no me importa. Supongo que sabrás que la cinta magnetofónica se admite como indicio, pero no como prueba. Además, nuestras voces son tan bajas... Lárgate de Francia, muchacha. Búscate trabajo en cualquier compañía francesa que trabaje por el extranjero. En el Canadá, por ejemplo, hay varias. Dame tiempo para resolver mi asunto personal y no te ocurrirá nada.

Ella le había escuchado en silencio. Seguía mirando sus ojos impenetrables y sus anchos hombros de atleta.

—Lástima... —susurró.

—¿Lástima qué?

—Que seas un asesino.

Él se acercó dos pasos. Ella le miró.

Los labios de la mujer se desplegaron entonces para decir:

—Recuerda una cosa, cerdo.

—¿Qué he de recordar?

—Que el cuerpo de tu mujer no habrá hecho más que estrenar su tumba en los Estados Unidos.

Él no acusó el impacto.

Sus ojos seguían fijos, extrañamente fijos, mirando a la mujer.

—Nunca me había ocurrido esto —jadeó—. Nunca...

Tomó a la muchacha por los brazos y la hizo elevarse. Su fuerza era tan grande, tan irresistible, que ella ni siquiera sintió dolor. No vio ni los ojos enigmáticos del hombre. Sólo sus labios entreabiertos, sólo sus labios...

Resultó muy extraño ser besada por un asesino, por el hombre que había de matarla.

Los labios de Lemay buscaron sus labios, la respiración de Lemay se confundió con la suya.

Para Persia Laforet, aquello fue una mezcla de sensaciones inolvidables: sensación de éxtasis, de voluptuosidad, de deleite, de miedo, de repulsión y de horror.

Luego él la volvió a sentar lentamente en su silla de ruedas.

—Dios mío... —gimió ella—. ¡Dios mío!...

En aquel momento empezó a girar el pomo de la puerta.

Lemay fue ágilmente hacia las cortinas rojas, las descorrió y salió ágilmente a través de la ventana abierta que había tras ellas.

Uno de los gendarmes entró.

—¿Le ocurre algo, señorita? Nos ha parecido oír un ruido...

Ella, mientras tenía la sensación de que el mundo entero giraba en derredor suyo, dijo con un soplo de voz:

—No me ocurre nada. Nada...

DOCE

El comisario Coline volvió de un lugar donde solía ir todos los días de ejecución: del cementerio del padre Lechaise.

Asistió privadamente a la inhumación del cadáver y luego fue a ver a Persia Laforet.

Eran las nueve de la mañana. Seguramente ella ya se había levantado, a pesar de que la noche anterior fue noche de estreno.

Y, en efecto, la encontró sobre su silla de ruedas. La muchacha vestía una bata roja que modelaba exquisitamente su cuerpo. Tenía las facciones ligeramente pálidas, pero, como siempre, había en ella algo que hechizaba. Coline, que entendía mucho de mujeres y de muertos, supo apreciarlo enseguida.

—La felicito por su triunfo de anoche —dijo el comisario—. Fue una verdadera apoteosis.

—Gracias. ¿Estuvo usted en el teatro?

—¿Cómo no iba a estar? Yo soy el encargado de su custodia personal, no lo olvide.

—Ya vio que no ocurrió nada.

—Claro que no. ¿Cómo iba a atreverse a hacer algo Lemay si había allí más de treinta policías? Seguro que si aparece por el teatro le echamos el guante, pero no es tonto.

Persia contuvo una triste sonrisa.

—También he de agradecerle otra cosa, comisario: los dos hombres que usted me envió enseguida.

—¡Oh, no tiene importancia! Los he mandado retirar esta mañana porque de día no es posible que ese tipo se acerque por aquí.

Coline merodeó por la habitación mientras hablaba. Persia sabía que con gusto hubiera sacado los micrófonos que tenía ocultos para comprobar lo que habían recogido, pero no podía hacerlo mientras ella estuviese allí porque los habían colocado sin su permiso.

De pronto el comisario reparó en un hermoso ramo de flores. Era una hermosa combinación de claveles españoles, orquídeas y rosas de té. Aunque las flores estaban ya algo marchitas, el conjunto del ramo causaba impacto en los ojos.

Coline se acercó a mirarlo.

—Muy bonito —dijo—. Muy bonito... Supongo que debió ser por su éxito de anoche.

—En cierto modo sí.

—¿Quién se lo ha enviado?

—Raymond Lemay.

El comisario Coline soltó un respingo, e inhaló aire de una forma tan extraña que estuvo a punto de ahogarse.

—¿Cómo?...

—Sí —dijo Persia por entre sus labios apretados—: Raymond Lemay.

—¿Y cómo se lo ha enviado?

—Por medio de un mensajero, como suele hacerse en estos casos.

Coline se pasó suavemente la mano por la mandíbula.

—No lo entiendo. Confieso que no lo entiendo...

—¿Por qué no? Él también ha debido querer felicitarme por mi éxito de anoche.

—¿Quiere decir que estuvo allí?

—Por lo menos, estuvo en los ensayos, ¿no?

El comisario Coline estaba lívido. Se había llevado una buena sorpresa. Pero aquello era sólo la primera parte. La sorpresa mayúscula estaba aún por llegar.

Se acercó al ramo de flores y pareció olerlo. Se fijó en el aspecto, ya algo marchito, de los pétalos.

—No es la primera vez que veo este ramo... —farfulló—. No, no es la primera vez.

—¿Qué quiere decir?

—Esta noche ha habido ejecución en la Santé. De madrugada, la guillotina ha decapitado a un hombre culpable de tres asesinatos.

Persia contuvo la respiración.

—¿Y qué?

—Después de la ejecución, el cadáver pertenece al verdugo. Es su presa, su trofeo de sangre. El verdugo se lo lleva en una

camioneta cerrada a un cementerio que él ha elegido previamente, y lo entierra allí, en un lugar donde no pueda ser identificado por nadie. Ni siquiera los familiares tienen derecho a ver la última expresión de aquella cabeza separada del tronco. Pero, naturalmente, el verdugo no va solo.

Persia ya lo imaginaba. Imaginaba también que aquel hombre que tenía enfrente, aparentemente tan cortés, no debía perderse en aquellas noches trágicas, ni un solo movimiento de la guillotina.

—Usted acompaña al verdugo —dijo en voz baja.

—Sí. ¡Oh, sí! El verdugo de París y yo somos grandes amigos. Y esta madrugada le he acompañado como otras veces. En esta ocasión hemos ido al cementerio del padre Lechaise. La tumba ya estaba abierta, en uno de los senderos. Yo he ayudado a hacer descender la caja.

Persia contenía la respiración.

—¿Y qué? —musitó.

—Cerca de allí había una tumba. Me he fijado en ella por casualidad. Y en esa tumba...

Persia seguía conteniendo la respiración. Con gran esfuerzo, consiguió decir:

—... En esa tumba estaba ese ramo de flores, ¿no?

—Exacto —Coline tenía los ojos trastornados. Diríase que algo, en la complicada máquina de su cerebro, se negaba a funcionar—. Es difícil no fijarse en un ramo así, por la combinación de flores y de colorido. Ahora los pétalos están marchitos, pero anoche debían estar frescos. Alguien colocó el ramo en la tumba.

—Y luego me lo ha traído a mí...

El comisario y la actriz se miraron con los ojos brillantes, como si un ramalazo de locura estuviese a punto de pasar por ellos.

—Sí. Así es...

—¿Y quién puede haber hecho eso?

—Lemay, naturalmente...

Persia inhaló aire con angustia.

—¿Recuerda de quién era aquella tumba, comisario? ¿Recuerda el nombre que debía estar grabado en la lápida?

Coline entrecerró los ojos. Hizo un poderoso esfuerzo para concretar sus recuerdos.

—Era la tumba de una mujer, desde luego... Y el nombre era

americano... anglosajón, mejor dicho... Me he fijado en ello mientras los sepultureros echaban tierra sobre el ataúd... ¡Dios mío, ahora me acuerdo exactamente! Rebeca... ¡Rebeca Lawson! Ahora me doy cuenta de que ese nombre me ha llamado la atención de una manera instintiva, y en el primer instante no he sabido porqué. ¡Rebeca Lawson era una muchacha que fue asesinada en París hace cerca de dos años!

Unas gotitas de sudor frío habían aparecido en la frente de Coline. Entrecerró los ojos para decir:

—¿Por qué habrá traído ese ramo Lemay? ¿Será él también el asesino de Rebeca Lawson?

—No —musitó Persia—. Sería demasiado horrible...

—Aunque quizá nos equivoquemos —musitó el comisario—. Quizá Lemay sea, después de todo, un buen chico incapaz de matar a nadie...

TRECE

Lemay echó para atrás la corredera de la pistola y desenroscó el silenciador. Esta vez no le importaba armar estrépito.

Los tres hombres estaban allí, hablando en el descansillo. La oscura escalera de la rue des Dames iba a ser su tumba.

Quizá iba a ser también la tumba de Lemay, porque eran tres contra uno. Y además, aunque lograra matarlos, la estrecha rue des Dames, cerca de la colina de Montmartre, era un sitio ideal para que los atrapasen.

Subió lentamente.

Ninguno de los tres hombres parecía haberse dado cuenta aún de su presencia. Charlaban tranquilamente.

Lemay se movía con la tranquilidad y la flema de un auténtico asesino profesional.

Llegó al rellano inferior a aquél en que los tres hombres se encontraban hablando.

Fue entonces cuando hizo:

—¡Chist!...

Los tres hombres se movieron a la vez. Lanzaron al unísono un salvaje grito al verle.

Llevaron sus manos a las fundas axilares, y Lemay permitió que lo hicieran. Seguía mostrándose tranquilo, frío, como un asesino a sueldo que realiza su trabajo metódicamente.

El tipo que logró sacar su arma con más rapidez se llamaba Schiaffino. Nació italiano, pero ahora no tenía patria. Muchas veces ni recordaba bien su lengua materna.

Intentó disparar, pero cuando soltaba el seguro, Lemay le había clavado ya una bala entre las cejas.

El estruendo repercutió en toda la casa, que era un edificio privado, del que Drancy había sido dueño hasta el momento de su muerte.

Schiaffino cayó hacia adelante, aullando aunque no había sentido ningún dolor. Sus dos compañeros tenían ya las armas en la mano.

Lemay se movió metódicamente, como el que realiza a la perfección un trabajo estudiado de antemano.

Dejándose caer hacia atrás, para protegerse en parte con la baranda, disparó otra vez, ahora contra el individuo que tenía a su derecha, que era el más peligroso.

Aquel tipo se llamaba Manouri y era argelino. Pocas veces había puesto los pies en su patria, a pesar de que decía luchar por ella. Tenía la agilidad de un reptil, y sus especialidades eran la «German Luger» y la metralleta «Thompson». Lo que tenía ahora en las manos era una «Luger», pero no llegó a disparar con ella.

La bala le penetró en el cuello, seccionándole la yugular. Expeliendo un horrible chorro de sangre, Manouri cayó rodando escaleras abajo.

Quedaba Bradley, que era americano. Bradley tenía especialidad con el revólver calibre 38. Le habían enseñado a manejarlo nada menos que en Quántico, antes de que fuera expulsado del F.B.I.

Bradley hizo fuego, y la bala rozó la cabeza de Lemay. Éste, instintivamente, rodó escaleras abajo, perdiendo el mundo de vista. Una segunda bala mordió los peldaños, justamente en el lugar que antes ocupaba Lemay.

Bradley no perdió tiempo.

Sabía que Lemay era un tirador infalible, un hombre a quien habían enseñado a manejar el arma corta en las escuelas de granujas más acreditadas de Europa y el norte de África. Había acertado con sus dos compañeros y también acertaría con él.

Se introdujo en el piso que había sido de Drancy, buscando llegar hasta el despacho de éste.

Allí podría encerrarse, puesto que la puerta era a prueba de balas. Desde allí podría telefonear a la policía.

Sintiendo una horrible náusea, con los ojos extraviados, Lemay subió el tramo de escalera.

Sabía que la bala no le había llegado al hueso, pero a consecuencia de la rozadura había sufrido como una crispación en la garganta. La náusea aumentaba.

Pudo impedir con el pie que Bradley cerrara la puerta. El

americano disparó con su 38, y las balas agujerearon la hoja de madera. Pero Lemay contaba con eso, y se había pegado ya a la pared mientras intentaba dominar su náusea.

Alguien subía por la escalera.

No era un transeúnte de la rue des Dames, sino alguien que sabía lo que se hacía. Iba ascendiendo con demasiada seguridad.

Lemay tuvo la sensación de haber sido cazado en una trampa.

El que subía tenía que ser Rocket, el fulano que siempre estaba en reserva por si se producía alguna alarma, y el cual siempre atacaba por la espalda. Rocket se hallaba medio ciego, no veía a larga distancia. Pero se guiaba por instinto como las fieras, y resultaba mortal estar encerrado con él en una habitación. Lemay tenía que ocuparse de él en primer lugar, o dentro de una hora su cuerpo abierto en canal estaría en el depósito de cadáveres del «Hotel Dieu».

Lemay se pegó a la pared mientras Rocket subía. Vio sus ojos entrecerrados, como los de un reptil. Vio apretarse en la penumbra sus colmillos de fiera.

Rocket también lo distinguió a él.

Lanzó un gruñido.

—Te esperaba, Rocket —musitó Lemay—. Te esperaba, pichón, cariño.

Los dos tenían las armas preparadas.

Lemay era el más sereno, el más frío. Por eso consiguió disparar antes.

La bala fue recta a clavarse entre los dos ojos de Rocket, que sólo por instinto pudo apretar el gatillo. Pero su plomo se perdió inútilmente entre dos peldaños.

Lemay no se entretuvo en ver caer a Rocket. Ya era bastante feo para tener uno que ver, encima, el efecto que hacía con una bala clavada entre sus dos ojillos.

Lemay empujó la puerta y se arrojó al suelo.

Bradley le esperaba, le estaba esperando desde el umbral del despacho que había sido de Drancy, y en cuyas paredes aún se apreciaban las huellas de la bomba.

Las balas pasaron por encima de la cabeza de Lemay.

Éste apretó los dientes. Si ahora fallaba, todo estaría perdido. Ahora o nunca... ¡Ahora!

Se lo jugó todo a una bala, buscando a Bradley en lugar de buscar la cerradura de la puerta.

La bala acertó en la cabeza del americano. Éste lanzó un gruñido casi inaudible y quedó quieto, espantosamente quieto. Sus manos crispadas soltaron el calibre 38.

Ahora Lemay corrió hacia el que había sido despacho de Drancy. Entró en él y revisó febrilmente los cajones de la mesa.

Acababa de matar a cuatro hombres: buen récord para un pistolero de su categoría.

Encontró lo que buscaba, lo guardó en uno de los bolsillos de su pantalón y salió del despacho, cuidando de no pisar el cadáver de Bradley. Acto seguido salió por una de las ventanas que daban al corredor.

Un par de minutos después, Lemay estaba corriendo agazapado por los tejados de París, igual que si aún viviera en la «Kasbah» de Argel. Como un gato.

CATORCE

Los titulares de Le *Monde*, habitualmente tan comedidos, decían:

PELEA A TIROS ENTRE ELEMENTOS INDESEABLES.
CUATRO HOMBRES MUERTOS EN LA RUE DES
DAMES. LA POLICÍA SOSPECHA SE DEDICABAN AL
TRAFICO DE ARMAS

El hombre dejó el periódico sobre la mesa, con sus manos largas y finas, de perfiles bien cuidados.

Persia Laforet miró los titulares. Le bastó una sola ojeada para enterarse de su contenido y para comprender lo que significaban.

—Es horrible... —musitó.

Barton hizo un gesto. Estaba irreproachable con su traje a medida —cosa rara en Francia—, y su elegante gabán azul.

—Eso no es todo, Persia. Mira. Se confirma lo que todos nosotros sospechábamos ya.

Le señaló otros titulares situados en distinta página. Allí se decía que Serrat, el conocido empresario teatral, había desaparecido misteriosamente.

—Nadie ha presentado denuncia porque Serrat era soltero y vivía solo —musitó Barton—, pero a la policía le ha llamado la atención que no estuviese ni siquiera en el estreno. Al fin y al cabo, era socio de la compañía. Al parecer, eso significa una cosa.

—¿Qué?

—Que Serrat es el hombre a quien viste la otra noche. Y que está agazapado, buscando la ocasión para matarte.

Persia tuvo un estremecimiento.

—Pero eso es absurdo —musitó, intentando reflexionar—. Serrat no conocía para nada a la esposa de Lemay. Se parecía mucho, sí, al

hombre a quien vi aquella noche, pero también se le parecen otros... No es posible que Serrat tenga que ver nada con eso. Su desaparición obedece a otras causas. Tiene que ser así...

Barton se sentó junto a ella, en una de las butacas.

—Eso es lo mismo que pienso yo. Serrat no tiene nada que ver, pero su desaparición es un motivo más de inquietud. Quizá Lemay lo haya liquidado para confundir a la policía. Porque Lemay es el autor de la carnicería de la rue des Dames. Alguien le vio luego saltar por los tejados. Toda la policía de París lo busca.

—Pero ¿por qué hizo eso? Es el mismo lugar donde estalló la bomba... Nada tiene sentido. ¡Nada!

—Al contrario, todo tiene un sentido claro y transparente. Sería de extrañar que Lemay tuviera algo que ver con el presidente de la Asamblea Nacional o con un académico, pero no es nada raro que tenga asuntos pendientes y cuentas que saldar con varias cuadrillas de granujas. Lo de la rue des Dames fue una cuestión de sórdidos intereses. Y sirve para demostrar lo peligroso que es Lemay. Puede matarte en cualquier momento, si no te protege la policía con verdadero interés.

Hizo un gesto y susurró:

—Pero desgraciadamente la policía no puede entretenerse ahora. París entero hierva. Los atentados de los argelinos y de la O.A.S., se suceden continuamente. Comprendo que, a pesar de que Coline tiene interés personal en este asunto, no pueda hacer todo lo que quisiera. Te envió dos gendarmes una noche, pero no siempre podrá hacerlo.

—¿Qué me aconsejas, Barton?

Él estrechó una de sus manos, y sus ojos buscaron cariñosamente las pupilas de la muchacha.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Persia. Sabes con cuánto cariño he seguido tu carrera, más meritoria cuanto más difícil. No puedes ahora terminarlo todo siendo la víctima fácil de un verdadero sádico. Has de colocarte en algún lugar seguro.

—Pero ¿qué lugar, Barton? He de ir todas las tardes al teatro. Es mi trabajo y mi porvenir...

—Déjalo... ¡Déjalo por unos días! Tu papel podrá interpretarlo otra.

—No es posible, Barton. He luchado mucho para esto. Toda mi

vida parecería hundirse si lo dejase ahora.

—¡Pero morirás! ¡Estoy seguro de que ese hombre te matará porque es un perro rabioso!

Los ojos de Barton reflejaban al mirarla una patética angustia. Temblaban sus manos.

—París es una gran selva... —musitó pensativamente ella—. Alguien me lo dijo una vez. Y yo tengo que vivir en esa selva... Déjalo, Barton. Quizá no todo esté perdido al fin...

Él inclinó la cabeza para besar su mano.

—Es que si a ti te ocurriera algo... —musitó mientras temblaban sus labios—. Si a ti llegara a matarte ese maldito Lemay, ese perro asesino que busca dónde clavar los dientes...

QUINCE

Las voces de los actores llegaban lejanas y borrosas hasta allí. Eran como gritos que llegasen desde más allá de la tumba.

—Y tú, que estás en él reino de los muertos... Tú, que nos esperas más allá de las puertas cerradas, en las alcobas vacías donde hemos amado, donde se han roto nuestros pensamientos... Tú, a la que veremos un día reflejada en un espejo donde se recorte nuestra propia imagen...

Aquellas voces llegaban roncadas y patéticas hasta ella, como si estuvieran cargadas de una angustiosa sinceridad.

Aunque la obra había sido un éxito, aún quedaban algunos detalles por pulir. El autor se quejaba de que algunos actores no habían estado a la altura de su papel, y ahora ensayaban antes de la *matinée*, o sea la sesión de la tarde, que en los teatros franceses suelen darse sólo en los días festivos. Aunque Persia no tenía intervención en aquel ensayo, había querido asistir para adaptarse mejor a su papel.

Y ahora estaba en su camerino, retocándose el rostro para dar a éste el reflejo espectral de la muerte.

Había muy poca gente en el teatro a aquella hora: el autor de «Muerte en la escena», el director de la compañía, los actores que tenían que ensayar y un par de tramoyistas. También estaba allí un gendarme armado, vigilando precisamente el pasillo que llevaba al camerino de la muchacha.

Las voces seguían llegando hasta allí como rotas por la agonía.

—... Esta tarde he estado visitando la tumba y tú me acompañabas en esa extraña visita. Tú estabas conmigo bajo los árboles, mirándote a ti misma y riendo siniestramente de ti misma... He sentido tus manos en mi rostro como cuando me dijiste que ibas a morir...

A continuación el otro actor lanzaba una carcajada que era

como un grito agónico.

Persia aguzó el oído. Aquel grito había salido bien, maravillosamente bien. Casi sintió envidia del actor que había podido lograrlo.

Pero ¿por qué aquel grito se había repetido? ¿Por qué tan cerca de donde ella estaba?

Persia sintió que unas inexplicables gotitas de sudor frío aparecían en sus sienes.

Aquel grito había ido seguido del ruido que produce un cuerpo pesado al caer. Demasiado tarde, Persia se dio cuenta de lo que aquello podía significar: el gendarme, el gendarme que guardaba el pasillo...

Hizo girar las ruedas de la silla, llegó hasta la puerta y la abrió.

Nada en el pasillo, que estaba sumido en penumbra. Nada, ni siquiera el gendarme que antes se encontraba allí. Sólo un bulto caído en tierra allí donde la penumbra era más espesa.

Persia no necesitó mirarlo con demasiada insistencia para darse cuenta de lo que aquello significaba.

El gendarme había sido muerto por la espalda. Su grito de agonía se había confundido casi con el grito de agonía lanzado por el actor en la escena.

Ahora ella quedaba sin protección, quedaba sola. Faltaba aún media hora larga para que los actores pudiesen volver a los camerinos. Y media hora era tiempo más que suficiente para que al volver la encontrasen muerta...

Persia Laforet tragó saliva lentamente. Oyó, al tragar, el chasquido de su propia garganta.

Esta vez Lemay había preparado bien el golpe. No fallaría, como en otras ocasiones, ni se arrepentiría tampoco. Esta vez ella ya era en manos de Lemay como una cosa muerta.

Intentó pensar cómo serían sus ojos cuando la matase. Qué diría, qué palabras pronunciaría cuando la estrangulase poco a poco con sus manos de gigante.

Pero tal vez aún pudiera llegar hasta más allá del pasillo.

Ella era muy rápida con su silla de ruedas. Tal vez, si tuviera un poco de suerte...

Llevó las manos a las ruedas.

Empujó, y las ruedas no se movieron.

Alguien había entrado por la otra puerta del camerino. ¡Alguien la sujetaba por la espalda!...

Los labios de la muchacha pronunciaron lentamente el nombre:
—Lemay...

No opuso resistencia. Alzó los brazos poco a poco, como rindiéndose. Sus labios se curvaron en una mueca de angustia y de miedo, pero no lo demostró con su voz.

—¿Cómo vas a hacerlo, Lemay? ¿Con el silenciador?... ¿Con tus propias manos?

Una risita silenciosa sonó quedamente a su espalda. Una voz ronca dijo:

—¿Lemay? Ya es hora de que salgas de tu error, muchacha...

Ella se volvió, ahogando un grito. Porque acababa de reconocer aquella voz. Porque aquellas palabras las había pronunciado...
¡Barton!

DIECISÉIS

Persia sintió que se ahogaba en su propio aire, que la estrangulaba su propia voz.

—No... no es posible —balbució.

Barton sonreía. No había perdido ni por un instante su compostura y su elegante estilo. La única diferencia con relación a otras veces era que ahora llevaba una gran navaja abierta en su mano derecha.

—Entonces fuiste tú... tú... —balbució Persia.

Ahora, a la luz incierta del camerino, se daba cuenta de que, efectivamente, la figura de Barton era muy semejante a la que ella vio aquella noche en la terraza, cuando estuvieron a punto de asesinar al pequeño Frank. Pero la sorpresa la tenía paralizada, el estupor había secado sus pensamientos.

—Yo fui —dijo Barton con la mayor naturalidad—. ¿Para qué voy a negarlo ahora?

—Y no mataste al niño, porque en aquel momento sentiste miedo, no porque tuvieras compasión...

—¿Compasión? ¡Qué tontería! En mi negocio no puede tener cabida un sentimiento así. En aquel momento sentí miedo a ser reconocido y calculé que no tendría tiempo de matarte a ti también antes de llegara alguien. Por eso se salvó el pequeño Frank.

—Pero él dijo que no te había visto a ti, sino a Lemay, a su padre...

—Lemay no es el padre de Frank.

—¿Qué no es el padre de...?

Persia Laforet se sentía más paralizada cada vez por la sorpresa. Era casi incapaz de respirar.

—No. Ni era el esposo de Ethel.

—No... comprendo...

—Ni tienes por qué comprender, muchacha... Disponemos de

tiempo, pero no conviene tampoco perderlo. He de acabar...

Adelantó un poco la mano derecha. Ella vio a medio metro de sus ojos el brillo cegador de la hoja de acero que ya había seccionado la garganta de Ethel.

—Quiero saberlo antes de morir... —jadeó ella—. Quiero saber por qué el niño creyó ver a Lemay...

—Porque lo vio.

—¡Es imposible!

—Vio una gran ampliación de una fotografía suya de cuerpo entero. Una fotografía de tamaño natural y hecha en las proporciones exactas. La puse de modo que se reflejara débilmente en la luz de la ventana. Quería con ello atraer a Ethel hasta el lugar más propicio para matarla. Pero el niño no reconoció en el primer instante a quien él creía su padre, porque llevaba un año sin verlo. En lugar de decir «papá», lo que hubiese llamado la atención de Ethel, dijo «un hombre». Como ella, desde su sitio, no podía ver la foto, no hizo caso. Eso favoreció luego mis planes, porque el pequeño recordó la imagen de su padre, y dijo que era éste a quien había visto. Lemay se transformó en el sospechoso número uno...

—Pero ¿por qué tuviste que matar a la pobre Ethel? ¿Por qué?

Barton sonrió secamente. Poco a poco se había ido formando en sus ojos un brillo maligno, de animal al acecho.

—Porque ella quería destruirnos a nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes?

—¡Vaya! Intentas ganar tiempo, ¿no, muchacha? Pero será inútil... Un solo movimiento me bastará para dejarte como a Ethel... Ella era hermana de una muchacha llamada Rebeca Lawson...

—Recuerdo ese nombre... Lo pronunció el comisario Coline. Ella está enterrada en el cementerio del padre Lechaise.

—Justo... Un hombre llamado Drancy y yo teníamos un magnífico negocio de contrabando de armas americanas con destino a Argelia... El C.I.A., envió para investigar a una agente joven y prometedora, la agente Rebeca Lawson... Ella estaba enamorada de un hombre llamado Lemay, un periodista que se había especializado en temas africanos...

Persia sintió que se le abría levemente la boca. Empezaba a comprender.

—Rebeca —dijo Barton—, dio pronto con nuestra pista y comunicó con su enlace, otro agente llamado Nichols. Pero aquella misma noche los eliminamos a los dos. Poco más tarde llegaba a París la esposa de Nichols, la cual había tenido un hijo suyo. El pequeño Frank...

Barton dibujó una estrecha sonrisa en sus labios y continuó:

—También vino con ella ese tipo llamado Lemay. Para justificar que a veces necesitaran estar largo tiempo juntos, trajeron unos papeles falsos de matrimonio. Ella investigó en París, y Lemay en Argel. Se hizo pronto un hombre temible en la «Kasbah», se hundió en los bajos fondos buscándonos, se dejó conducir a la cárcel, perdió su nacionalidad... Lemay lo hizo todo. Pero no pudo adelantar gran cosa, porque nosotros trabajamos bien y porque nuestra sede estaba en París, no en Argel. Cuando él encontró por fin una pista y vino a Francia, tuvo la desgracia de meterse en un lío y lo encerraron en la Santé. Mientras tanto, Ethel trabajaba. Había dado ya con nuestro refugio de la rue des Dames...

—Entonces aquel suceso... —farfulló Persia.

—¿Te refieres a la bomba? Sí... Ethel era astuta. Había conocido a Drancy, quien la perseguía creyéndola una aventura fácil. ¿Quién iba a sospechar de una mujer desgraciada y con un niño, cuyo marido descarriado está en la cárcel? Ethel, que era escultora, prometió enviarle una creación suya, pero el encargo tuvo que cumplirlo Lemay cuando ella ya estaba muerta. En la escultura, naturalmente, iba una bomba cuya espoleta estaba calculada al minuto...

—Pero ¿por qué admitió Drancy aquel regalo sabiendo que Ethel era una enemiga, ya que habíais tenido que asesinarla?

—Lo de Ethel lo sabía yo, pero Drancy aún no se hallaba enterado. Por razones de prudencia fingíamos no conocernos y sólo nos comunicábamos una vez por semana. En fin... él saltó hecho pedazos, y Lemay, a quien su «mujer» ya le había dado el soplo mientras él estaba en la cárcel, liquidó a los demás hace muy poco, en la mismísima rue des Dames... Su venganza ha sido completa. Rebeca Lawson y su compañero Nichols ya tienen buena compañía en la tumba... Pero yo estaba al margen. Gracias a mi prudencia, yo había quedado fuera del asunto.

—Y ahora sólo te queda por eliminar un testigo molesto,

¿verdad? Alguien que, de pronto, un día puede recordar un detalle, un hecho...

—Así es, Puede que no me vieras bien, pero necesito estar seguro. Me favoreció lo de Serrat, quien se ha largado con una actriz, naturalmente sin decir nada a nadie, y desorientando así a la policía. Pero ahora habrá terminado mi trabajo, preciosa... Mi magnífico trabajo...

Movió el cuchillo un poco más. Lo acercó.

Desde el escenario llegaban las lúgubres voces:

—¡Oh!, vosotros, que estáis más allá de nuestras puertas cerradas, más allá de la tumba...

—No tienes necesidad de matarme... —susurró Persia intentando desesperadamente ganar tiempo—. No tienes necesidad...

—Puede que no la tuviera antes, pero ese imbécil de Lemay me ha dado tantas facilidades... Quiere matarte por algo que yo desconozco y ahora todo el mundo sospecha de él. La policía le busca. Ya estuve a punto de acabar contigo una noche en tu casa, cuando llegaron de pronto aquellos dos polizontes. En mi visita de hace poco no quise hacerte daño porque me habían visto entrar... Pero ahora todos sospecharán de Lemay... Esto será como una soga que todavía apretará más su cuello...

Movió la navaja. Persia vio su reflejo metálico.

Supo que iba a morir. Pensó en cómo quedaría su cadáver, doblado sobre la silla de ruedas...

Pero en aquel momento, a espaldas de Barton, se oyó una voz.

¡La voz del propio Lemay!

Persia Laforet lanzó un ahogado grito.

—Perfecto —dijo la voz calmosa de Lemay mientras Barton, atónito, se volvía poco a poco—. Has caído en la trampa, amigo mío. No he hecho todo este tiempo más que fingir que quería eliminar a Persia para que el verdadero asesino aprovechara las facilidades... Y tú lo has hecho, palomo. Me he convertido en un sospechoso para que tú quisieras aprovechar la ventaja... Ahora defiende tu cochina vida... ¡Defiéndela!

Barton se movió con la velocidad de un rayo, intentando asestar un golpe con su navaja en el cuello de Lemay. Pero éste había lanzado ya su arma. Un puñal tremolante se clavó en el cuello del

asesino. Éste empezó a escupir sangre, luego cayó de rodillas, luego se dobló lentamente mientras todo su cuerpo se estremecía en un temblor agónico...

—Ahora llama por teléfono a Coline y cuéntaselo todo —susurró Lemay sin mirarla—. Ya ha debido recibir los papeles que encontré en el despacho de Drancy, y que le envié por correo certificado. Allí hay más pruebas de las que necesita. Vete...

Persia Laforet salió del camerino mientras ahogaba un sollozo.

EPÍLOGO

El hombre estaba sentado en un banco del Bosque de Bolonia. Llevaba una gabardina no muy limpia, había doblado en uno de sus bolsillos una edición dominical de *Le Fígaro* y arrojaba migajas de pan a las palomas que acudían hasta sus pies.

Junto a él, el pequeño Frank jugaba.

Cualquiera hubiese dicho que se trataba de un pacífico burgués que aprovechaba la apacible mañana del domingo.

Pero no era así. La mujer que se sentó a su lado lo sabía.

—Buenos días, Raymond Lemay.

Él la miró de soslayo. En realidad ya la había visto antes, la había estado mirando con el corazón anhelante mientras ella se acercaba. Persia Laforet aún se movía con cierta dificultad después de la operación, pero ya no necesitaba, ni volvería a necesitar nunca más, la silla de ruedas.

—Hola, Persia.

—Quiero preguntarte una cosa, Raymond.

—¿Cuál?

—¿Por qué me enviaste aquel ramo de flores arrancado de la lápida de Rebeca Lawson?

—No sé... Quizá para indicarte que el pasado había muerto... Aquella madrugada, al ir a visitar su tumba para decirle que la venganza estaba próxima, pensé que nunca había querido a nadie tanto como a ti. Y pensé también que Rebeca Lawson nos comprendería a los dos.

—¿Sigues... pensando eso?

—Sí.

Ella estrechó su mano con fuerza.

—Persia... —musitó él.

—¿Qué?

—Mi misión no habrá terminado hasta que haya hecho un

hombre de este niño. Tienes que jurarme que lo querrás mucho.

Y ella, en voz baja, muy baja, susurró:

—Sí... lo juro.

FIN

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos,
Niños, Biografías, Infantiles,
Cuentos.

Cada volumen incluye 250
ilustraciones que permiten seguir
el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una
completísima biblioteca juvenil
para niños y niñas, recomendada
por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente
con sobrecubierta a todo color,
esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

DECA PAPER 9



La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ZANE GREY

Las mejores novelas del
Oeste, también apare-
cerán en la



marabú

Colección

marabú

Clark Carrados **LA CLAVE ESCARLATA**

La ciudad era una selva
donde los hombres se atacaban
como fieras.



Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINERA"
591 — E. Aguilar de Rucker
EL SECRETO DE
LILIAN HART

COLEC. "MADREPERLA"
697 — Corín Tellado
NO PUEDO ODIARTE

COLECCION "ROSAURA"
641 — María Morgan
LA AHIJADA DE MAMA

COLECCION "AMAPOLA"
528 — M.^a Teresa Sesé,
UNA PAREJA OBSTINADA

COLECCION "ALONDRA"
462 — Luis Masotta
CREO EN TI

COLECCION "CAMELIA"
403 — M.^a Dolores Quevedo
EL AYER NOS PERTENECE

COLECCION "CORAL"
69 — Corín Tellado
¿QUIERES SER MI MUJER?

COLECCION "CORAL"
211 — Corín Tellado
LA HISTORIA DE MI VIDA

COLECCION "RISORTE"
742 — Keith Luger
EL MARAVILLOSO
"GUN-MAN"

COL. "SERVICIO SECRETO"
606 — Silver Kane
UN REGALO PARA EL
MUERTO

COLECCION "BUPALO"
439 — Alf Regalía
EL CAMPAMENTO SIN LEY

COLECCION "TEXAS"
307 — Clark Carrados
LA VUELTA DEL YANKI

COLECCION "COLORADO"
131 — Sam Fletcher
NO ME OBLIGUES A MATAR

COLECCION "CALIFORNIA"
286 — Tex Taylor
PASTOS SIN LEY

COLECCION "KANSAS"
127 — M. Lafuente Estefanía
LUCHAR PARA NO MORIR

Col. "HEROES DEL OESTE"
179 — M. Lafuente Estefanía
OVEJEROS

COL. "ASES DEL OESTE"
149 — Fidel Prado
ASI ACABO
"BRUCE-HARDING"

COLEC. "BRAVO OESTE"
81 — Keith Luger
¡AHÍ VAN DOS PUNTOS!

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

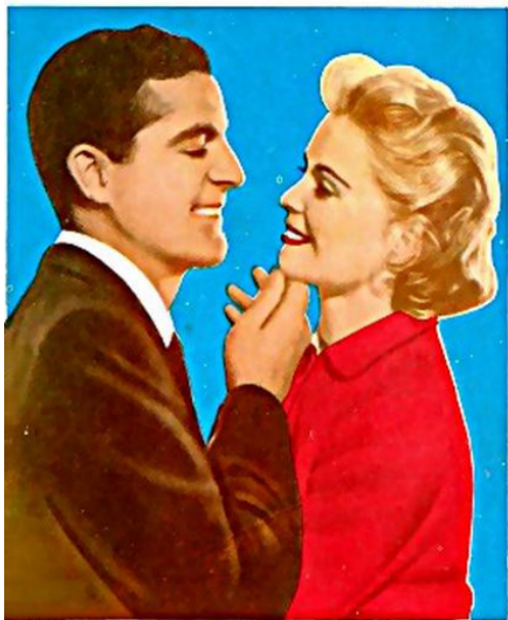
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Ripóllito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

**Dana Andrews
Dorothy Mc Guire**

En "No quiero decirte adiós", vimos juntos a esta pareja de excelentes actores norteamericanos, nacidos, respectivamente, en Collins, Mississippi, el 1 de enero de 1912, y en Omaha, Nebraska, el 14 de junio de 1919.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MUNY LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain N.º 1466

NOTAS

[1] En París nació la idea, extendida luego a otros países de Europa, de crear agencias que estuvieran constantemente informadas de todo el movimiento mundial y las actividades más diversas (incluso precios de los ladrillos en la India, tarifas de ferrocarriles en Alaska, etc.... y a las que se pudiera consultar simplemente por teléfono, previo un abono a convenir, contestándose a las preguntas con gran rapidez. Esas agencias reúnen casi toda su información trabajando sobre centenares de periódicos de todo el mundo). (Nota del Editor). < <